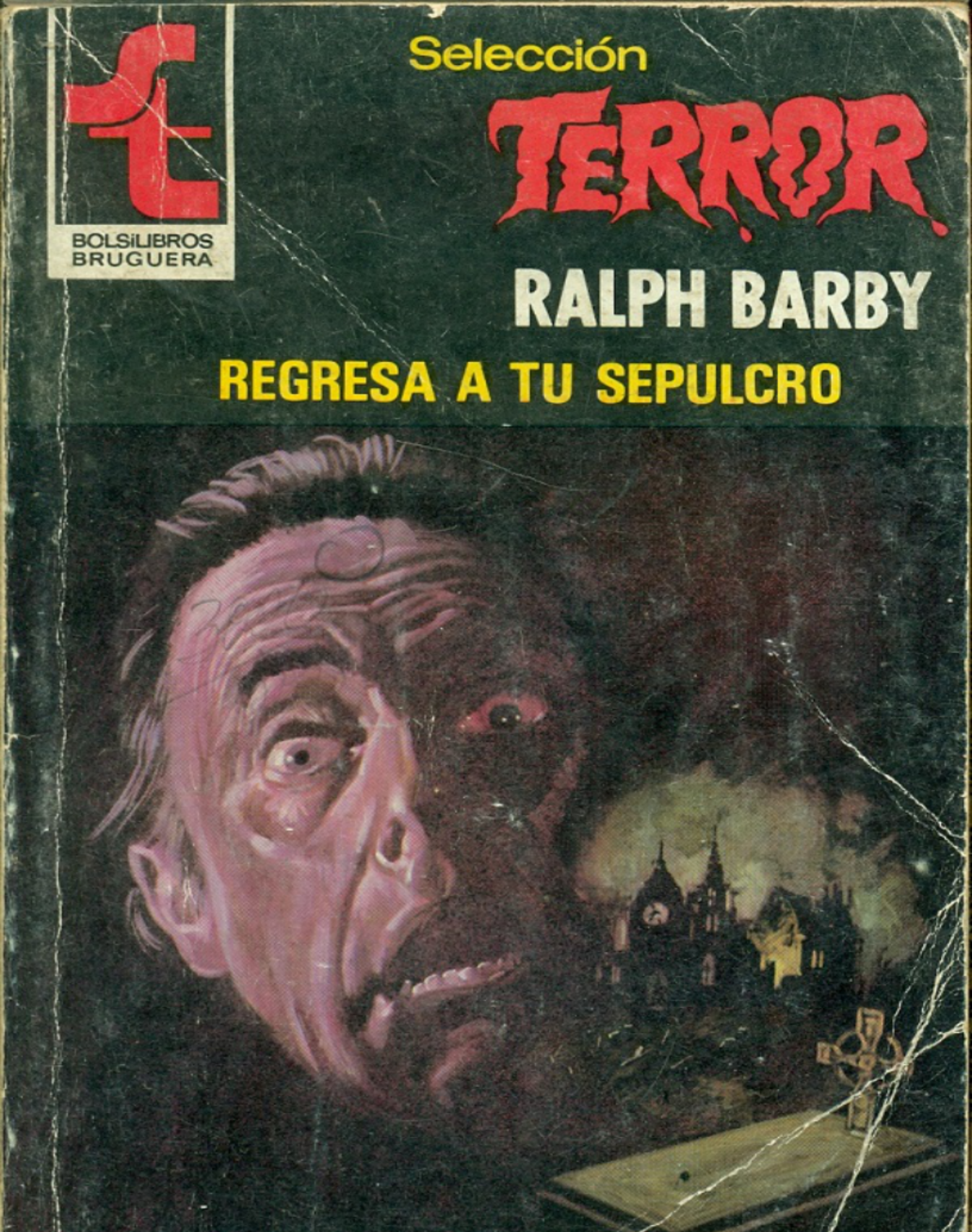

Selección
TERROR
BOLSILIBROS
BRUGUERA
RALPH BARBY
REGRESA A TU SEPULCRO


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

392 — La muerte tiene ojos, *Ada Coretti*.
393 — El final del miedo, *Clark Carrados*.
394 — En estado de muerte, *Lou Carrigan*.
395 — Satán deja su huella, *Clark Carrados*.
396 — ¡Devuélveme mi cabeza!, *Adam Surray*.

RALPH BARBY

REGRESA A TU SEPULCRO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 397
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 26.085 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Sufrí un escalofrío que debió engendrarse en el tuétano de mis huesos. La sensación era superior a lo que había experimentado jamás. Me estremecí.

Todo mi cuerpo me pareció más que triste, patético. Era como si de pronto se hubiera levantado una niebla que se hacía espesa y luego se rasgaba a jirones, como, colgajos de piel muerta que ya no se sostenía sobre un cuerpo en descomposición.

No llovía; sin embargo, mi cuerpo parecía mojarse como si estuviera dentro de una sauna, pero el vapor, en vez de ser caliente, era gélido, tan frío que atenazaba los músculos, agarrotaba los miembros y provocaba dolor en mi espinazo. Noté que la nuca me pesaba.

Hallar una explicación a lo que me ocurría resultaba imposible para mí en aquellos momentos.

Había salido a pasear por el bosque cercano cuando se cruzó el gato. Sí, era un gato no era negro, siamés ni de angora, era un gato pardo que me miró con unos ojos que me hicieron comprender por unos instantes que detrás había una mente inteligente.

Me dije a mí misma que aquello era absurdo; sólo era un gato, un gato por demás cojo, y debió ser esto lo que hizo que me llamara más la atención porque le seguí.

El gato no avanzaba aprisa. No me tenía miedo y por tanto, no huía.

Se alejaba por un sendero que no me pareció abrupto. El suelo estaba lleno de hojarasca húmeda que se descomponía aprisa. El musgo se formaba aquí y allá, donde quiera que mirase, sobre una piedra, al pie de los árboles, lo que indicaba que no llegaba el sol directamente, a lo sumo en pleno verano, cuando el astro rey se encaramaba en lo alto del cielo.

Pensé que aquello no dejaba de ser un paseo, por lo que seguí al gato cojo.

El animal no se desvió ni se detuvo una sola vez, aunque sí se volvió para comprobar que yo le seguía. Al menos, ésa fue la impresión que me dio.

Entre los árboles descubrí algo que me pareció una pérgola, mas al llegar al sitio donde los árboles estaban más apartados, como dejando un círculo limpio, observé que lo que tenía ante mí era un pequeño torreón de unos tres o cuatro metros de alto, sin ventanas, de forma octogonal y con una viejísima puerta de madera muy gruesa.

Me acerqué y comprobé que en el granito que servía de dintel había escrito algo como un cincel en bajorrelieve, algo que ya no se podía leer porque había sido borrado, si es que podía llamarse «borrar» a la destrucción de las letras con un martillo, pico o herramienta similar.

Alargué la mano para empujar la puerta y comprobar si estaba abierta.

No cedió y fue en aquel instante cuando el terror nació como un remolino bajo las plantas de mis pies para ascender luego como un tornado que me envolvía, me succionaba, me atemorizaba.

¿Qué era lo que sucedía, qué había hecho yo, qué era aquel lugar?

Jamás había sentido nada semejante. Mi mano parecía haberse quedado pegada a la puerta de madera, como si hubiera una corriente eléctrica que no me quería soltar o un intenso magnetismo que atravesaba la madera y me mantenía sujeta allí.

Eché mi cuerpo hacia atrás, convencida de que la puerta ocultaba algo cuyo fluido llegaba hasta mi mano y me sujetaba. Tuve el pensamiento de que si mi cuerpo se acercaba a la puerta, todo él se pegaría a ella como había quedado pegada la mano.

Tuve deseos de gritar, pero mi garganta había quedado bloqueada como si un pedazo de hielo con aristas cortantes se hubiera incrustado en ella, impidiéndome pedir ayuda o desahogar mi pánico con un grito largo, agudo.

El gato cojo ya no estaba. Escuché un aullido lejano y dentro del terror que me invadía, no supe si era un lobo o un perro aullador que hubiera olfateado a la muerte.

Sacudí la cabeza de un lado a otro y entonces, por entre los troncos de los árboles, vi una sombra alargada y oscura, diríase negra, que aparecía y desaparecía.

Era algo grande como un ser humano, quizás algo más, no pude verlo bien. No podía fijarme en aquello mientras mi mano continuaba pegada a la puerta, como si la hubiera clavado con agudos y gruesos clavos de hierro.

¿Por qué me ocurría aquello? No sabía nada, sólo sentía pánico e ignoraba lo que había tras aquella puerta que me sujetaba. ¿Qué había dentro del torreón pétreo de base octogonal?

Mi corazón comenzó a latir violentamente dentro del pecho mientras mi cuerpo se empapaba de un sudor frío al pensar que de un instante a otro podría abrirse aquella puerta.

Tuve la impresión de que aquella fuerza que sujetaba mi mano a la madera estiraba de ella como si me hubiese agarrado un ser monstruoso, con una fuerza infernal que tiraba y tiraba, con la evidente intención de aplastarme contra la puerta, ignoraba por qué y para qué.

¿Qué había detrás, qué significaba aquel torreón escondido en mitad del bosque?

—No, no, no —supliqué.

Por más que lo intenté, no logré contrarrestar la fuerza desconocida que emanaba del torreón, acercándome a la puerta, y quedé pegada a ella.

—¡Auxilio, socorro! —pude gritar al fin, como si mi garganta acabara de desbloquearse.

Un hedor nauseabundo, insoportable, penetró por los orificios de mi nariz, llenándome la garganta y los pulmones hasta el punto de provocarme arcadas.

Mi vista se nubló, quise desvanecerme y caer al suelo. Al fin y al cabo, era un forma de escapar al poder que me aplastada contra la puerta de madera, un poder que me dañaba.

No caí; sin embargo, mis ojos dejaron de ver y tuve la impresión de que

me introducía en un túnel en espiral. Trataba de mantenerme en pie y a duras penas lo conseguía mientras un rumor que se convertía en un rugido sordo, hería mis oídos hasta el punto de que comencé a gritar y a gritar.

No sabía lo que gritaba, no eran palabras, era el pánico hecho sonido que escapaba de mi garganta, acuchillándola.

No pude verlo, pero noté que algo repugnante me aguardaba porque yo, sin poderlo remediar, iba hacia él, gritando de terror.

No pude explicar lo que sucedió, es demasiado horrible.

Entré en un mundo que desconocía, donde el horror y... No, no puedo decir más, me avergüenzo; sin embargo, sé que no soy culpable de nada.

Yo no pedí entrar en aquello, pero estuve, y cuando recobré el sentido y la conciencia de que era yo, un ser vivo y real, estaba en la cama.

Olía a hierbas medicinales y entre cuchicheos oí que una mujer le decía a otra:

—La encontraron vagando sola por el bosque, perdida. Llevaba las ropas tan sucias como si se hubiera revolcado por el estiércol. Tenía heridas, qué te voy a contar... Sus ojos estaban abiertos pero no reconocía a nadie. La trajeron a casa...

No te puedo contar más. Marie, tú eres mi amiga, mi única amiga, te necesito. Creo que me volveré loca o quizás, al escribir estas líneas, ya lo esté. ¡Ayúdame! Aurore.

CAPITULO II

Movió la mano. La taza que se hallaba sobre la mesa de la cafetería de la estación cayó, rompiéndose. Ya no había nada dentro, pero el ruido la sobresaltó.

—No tema, mademoiselle, sólo es una taza.

Marie miró la taza rota en el suelo y después al hombre que acababa de hacerle la observación.

Se hallaba sentado en la mesa contigua y tenía unos ojos entre irónicos y sonrientes. Debía de ser alto pese a verlo sentado en aquellos instantes.

Tenía una melena frondosa y una barba recortada. Marie vio su chaqueta limpia y la camisa con cuello de cisne y pensó que tenía aspecto de intelectual. Todo pasó rápido por su mente.

Una camarera se acercó con una palita y una escobilla. Marie se sintió obligada a decir:

—Disculpe, póngalo en la cuenta.

—Sí, mademoiselle —aceptó la camarera, alejándose.

Al poco regresaba con la nota de la consumición, incluyendo la taza rota.

Marie seguía leyendo el libro cuyas tapas había forrado cuidadosamente para que nadie, mientras ella leyera en público, viera su título.

Miró su pequeño reloj y después, de reojo, observó la mesa contigua. El hombre de la barba y la sonrisa irónica ya no estaba.

Se dirigió al tren y buscó acomodo junto a la ventanilla. Había poca gente. El hombre de la barba apareció delante de ella, preguntándole:

—¿Le molesta que me siente a su lado?

Marie le miró y dijo simplemente:

—Usted debe tener un billete lo mismo que yo.

Sin esperar respuesta, abrió el libro y se refugió en él mientras el tren se ponía en marcha, alejándose de la gran ciudad.

—¿Podrá dormir por la noche?

La voz del hombre era agradablemente tranquilizadora.

—¿Decía?

—Si podrá dormir por la noche después de tragarse todo lo que está leyendo sobre al horror, la brujería, el espiritismo...

Marie le miró perpleja y observó luego las tapas del libro que permanecían bien cubiertas.

—¿Cómo lo ha sabido?

—¿Cree en la telepatía? —preguntó él.

—Sí, creo, pero pienso que usted no la ha utilizado conmigo.

—Cierto.

—¿Cuál ha sido el truco, entonces?

—En la cafetería estaba usted tan absorta que he podido leer algo de su libro por encima del hombro. Ha sido antes de que se rompiera la taza e

imagino que la ha sobresaltado.

—Un poco —confesó Marie.

Pensó que en circunstancias normales no habría prestado ninguna atención a aquel desconocido; sin embargo, el viaje en tren daba cierta flexibilidad a las circunstancias,

—¿Es entrometerse si le pregunto si sólo se trata de buscar distracción o bien la guía un interés en alguna forma profesional?

—Digamos que tengo un interés particular.

Y cerró el libro para lanzar su mirada hacia el paisaje que desfilaba a través de la ventana. Arboles tristes, el otoño galopaba ya hacia el invierno y un sol tímido que podía mirarse.

Pasó el tiempo.

El hombre de la barba, al comprobar que ella no facilitaba la conversación, comenzó a leer el periódico.

Cuando lo hubo terminado, leyéndose hasta las noticias más insignificantes, lo dobló y comenzó a resolver el crucigrama incluido en él.

Marie tenía la mente ocupada en diversos problemas y se abstrajo de la realidad retornando a ella cuando el revisor le pidió el billete para marcarlo.

Lucían ya las luces de las estaciones cuando recogió su equipaje para apearse del tren en cuento el convoy se detuviera en la estación siguiente.

—¿Se apea aquí? —preguntó el, ayudándola a tomar la maleta.

—Sí, buen viaje.

—No, no me lo desee.

—¿Por qué no?

—Yo también me apeo aquí. Una casualidad, ¿verdad?

—¿Es usted de este pueblo?

—Yo no; mis ancestros, sí.

—¿Sus ancestros?

—Quiero decir mis abuelos, lo cierto es que ya sólo queda viva mi abuela, una anciana muy singular. Si volvemos a vernos después de separarnos en la estación, se la presentaré.

—Ah, muy bien.

El tren se detuvo. La estación era pequeña y no tranquilizaba apearse en ella de noche. El jefe de la pequeña estación estaba presente, pero no había nadie más.

—¿Tiene vehículo? —preguntó el hombre, ya en el andén, cuando el convoy daba un largo pitido y reanudaba la marcha con sus luces que llenaban las ventanillas.

—¿Vehículo?

—Sí, empieza a llover y hay dos kilómetros desde aquí al centro del pueblo.

—Pediré un taxi.

—Que yo sepa, sólo hay dos.

—Pero, se pueden llamar por teléfono, ¿no? —preguntó Marie, mirando

hacia el cielo que no veía. Efectivamente, el suelo comenzó a humedecerse con una lluvia muy fría.

—Sí, pero a mí, si no ha sucedido nada, me estará esperando uno de los taxis. En casa de mi abuela tengo un coche muy viejo que uso normalmente, pero ahora... Mire, ahí viene el taxi, podemos ir juntos.

—Buenas noches, monsieur Renoir —saludó el taxista con un leve inclinación de cabeza.

—Gracias, subiré y si puede dejarme en la Maison des Arbres, se lo agradeceré.

—¿La Maison des Arbres? —repitió el chófer.

—Sí, sí, allá voy.

El taxista miró interrogante al hombre joven y luego se encogió de hombros.

Subieron al automóvil y dentro de él se sintieron confortablemente. Con los faros encendidos, el vehículo se puso en marcha, viéndose Obligado a accionar los limpiaparabrisas.

—Mal tiempo, monsieur —comentó.

—Sí. ¿Cómo está la abuela Beatrice?

—Temible como siempre, monsieur.

Albert Renoir se volvió hacia Marie para preguntarle:

—¿La esperan en la Maison des Arbres?

—Sí, deben esperarme, porque escribí anunciando mi viaje.

—Hace años, muchos años, la Maison des Arbres tenía gran importancia. Acudían muchos huéspedes que se acercaban a las termas, pero era huéspedes de estío, veraneantes de época. Luego, las termas perdieron actualidad y la gente se fue a las soleadas playas del Mediterráneo. Esto fue como muriendo, ahora rara vez tiene huéspedes.

—Sí, algo de eso ya lo sabía. Allí vive una amiga mía.

—¿Sí?

—Se llama Aurore.

—Vivía —rectificó el taxista.

—¿Vivía? —repitió Marie, desconcertada por la puntualización.

—Sí —el hombre suspiró—. ¿No sabía que murió?

—No, no lo sabía —musitó, encogiéndose en el asiento.

—Fue una muerte muy extraña.

—Sí, mi abuela me lo contó por carta —admitió Albert Renoir

—La verdad, no sabía nada.

Cruzaron el pueblo. Al otro lado, ya a las afueras, rodeado de árboles muy frondosos, se erguía un caserón apenas sin luz.

—Ya hemos llegado, mademoiselle.

—Bien. ¿Cuánto le debo?

—Nada —la atajó Albert Renoir—. El coche lo utilizo yo, va a llevarme a casa de mi abuela, no lo olvide. Ah, espero volver a verla. Salvo algunos visitantes esporádicos, no hay mucha gente por aquí en esta época del año.

Marie se encontró sola bajo la suave lluvia, frente al caserón al que sin duda alguna hacía tiempo, mucho tiempo, lustros y décadas, que no se le hacía reparación alguna.

El taxi se alejó.

Marie subió los dos peldaños que daban al atrio del caserón, soportado por columnas de madera tallada.

Llamó al timbre colocado en la puerta y en el silencio de la noche pudo oír el estridente ruido eléctrico.

Casi inmediatamente, ladró un perro que llegó corriendo. Era un animal demasiado grande para ignorarlo, un dogo oscuro de ojos fieros que al ver a la joven estremecida dentro de su abrigo de cuero, le mostró los colmillos, dejando de ladrar para gruñir roncamente.

—Ya va, ya va.

—Aprisa, aprisa —pidió Marie, llamando con la mano mientras temía que el gran perro saltara de un instante a otro sobre ella.

Se abrió la puerta y apareció un hombre da estatura mediana. Parecía más bajo de lo que en realidad era debido a que una pierna era más corta que la otra.

Tenía grandes bolsas bajo los ojos y hedía a vino agrio.

—¡Quieto, Satán, quieto!

El gran dogo dejó de gruñir, mas no apartó sus ojos de la recién llegada, como advirtiéndole que saltaría sobre ella a la menor provocación.

—Buenas noches, yo...

Antes de que Marie añadiera nada más, el hombre la invitó a entrar.

—Pase, mademoiselle, pase. Afuera hace frío y ya veo que llueve. La verdad es que he oído un coche, pero viene tan poca gente aquí que no creí que fuera un visitante. Pase, pase.

Entró y pudo ver que la sala comedor de la Maison des Arbres era triste, oscura y con numerosos desconchados en sus paredes.

Como si el hombre se percatara de lo que ella miraba, comentó:

—Hay mucha, humedad en otoño por aquí, mademoiselle, mucha humedad. ¿Ha perdido el tren?

—No, vengo directamente aquí.

—¿Aquí, a la Maison des Arbres? —el hombre denotó asombro.

—Así es.

—Hum...

—Le escribí.

—Ah, sí; le escribió a Aurore, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, usted es su amiga Marie.

—Exactamente.

—La verdad es que después de la muerte de Aurore creí que ya no vendría usted por aquí.

—Es que yo no sabía que ella hubiese muerto.

—Claro, claro, lo comprendo. Debí ser yo quien le escribiera, pero, la verdad, ya no escribo a nadie. Puede quedarse aquí esta noche y tomar mañana el tren de regreso si lo desea.

—Sí, ya veré.

—En realidad, el mesón está cerrado hasta mejor tiempo. Bueno, si viene mucha gente sí abrimos, llamo a alguien para que me ayuden. Por cierto, ¿ha cenado?

—No.

—Veré si hay algo por la cocina. Como comprenderá, no abrimos el comedor.

Marie comprendió que su permanencia en aquel mesón iba a ser muy breve, no había allí ninguna comodidad. Al día siguiente visitaría la tumba de su amiga y trataría de depositar unas flores en ella.

—Pasaré sin cenar, no tiene importancia.

—No, no, si desea comer —le dijo el hombre del mesón mientras la conducía por una escalera ascendente— baje a la cocina y tómese allí lo que desee, algo encontrará. Mañana vendrá Hoi, es una buena chica, vietnamita, ¿sabe? Ella hace los trabajos más indispensables, pídale usted lo que desee.

—Lo tendré en cuenta.

El hombre del mesón la introdujo en una alcoba que posiblemente en tiempos pasados fue confortable por lo espaciosa y por su mobiliario que ahora se veía anticuado y poco atractivo.

—¿De qué murió Aurore? —le preguntó Marie de sopetón.

El hombre, caminaba de aquella forma que resultaba casi grotesca a la luz de las lámparas, se encogió de hombros.

—¿Quién lo sabe?

—Pero, el médico certificaría algo, ¿no?

—Ah, sí, certificó paro cardíaco. Desde que enloqueció, se había quedado tan pálida que sólo verla daba miedo, era como un cadáver viviente hasta que se quedó fría, así la encontraron. El doctor Delapierre había tratado de mejorarla, pero nos dio pocas esperanzas.

—¿Era usted pariente de Aurore?

—Soy su tío Bertrand. Bueno, ella ya ha muerto y fue una lástima, tan joven. Había venido a pasar un tiempo de descanso aquí, no debía de estar nada bien de los nervios, ya lo dijo el doctor Delapierre.

—Pero, ¿no le pasó nada?

—¿Se refiere al suceso?

—¿Suceso?

—Sí, aquí todos le llamamos el suceso, fue muy desagradable. Ella no supo contarlo, se trastornó y estuvo un par de días perdida. Salimos a buscarla, hasta la gendarmería. Luego, apareció hecha una pena. Se supuso que alguien trató de violentarla, debió de pasarlo muy mal y se trastornó. La batida que los gendarmes dieron no sirvió de nada, no hallaron rastro de nada sospechoso y como no hicimos denuncia alguna, ya que ella nada podía decir,

lo dejaron correr. Ya sabe, asunto archivado, para qué moverlo.

—¿No pudo ser nadie de por aquí?

—Oh, no, nadie hubiera sido capaz de semejante canallada; pero, ya se sabe, siempre hay vagabundos que van de un lado a otro y además están esos gamberros que con la moto se trasladan en poco tiempo de un sitio a otro. En fin, que descanse en paz.

—¿Está enterrada en el cementerio del pueblo?

—Sí, allí está, la familia tiene un panteón, el panteón de los Boiser.

—¿Y el cementerio está cerrado?

—Sí y no, me explicaré. A la derecha de la puerta de entrada hay un agujero pequeño en el muro; por allí entran los gatos que cazan los ratones que pueden acercarse. También están las lechuzas, para comerse los roedores, ratones de campo, ya sabe. Como le decía, si mete la mano en ese agujero, encontrará la llave. Se abre la puerta, se visita el cementerio y luego, a la salida, se vuelve a cerrar, y se deja otra vez la llave en ese agujero. Todos los del pueblo lo sabemos; de este modo, si alguien quiere visitar el cementerio, no tiene que ir a pedir la llave a nadie.

—Gracias, creo que haré una visita a Aurore.

El hombre cojo se dirigió hacia la puerta; antes de cerrarla se volvió para insistir:

—Si desea cenar, baje a la cocina, seguro que encontrará algo. Mañana ya me encargaré de que Hoi le sirva el desayuno.

Cuando Marie quedó a solas, notó de súbito todo el frío que antes había soportado.

Observó que los postigos de la ventana estaban abiertos y fue hacia ella para cerrarlos.

Los cristales se hallaban mojados por la lluvia y no supo si por reflejo de la luz de la habitación sobre los cristales, con el fondo negro de la noche al otro lado o porque sus ojos le gastaron una mala jugada, vio un rostro.

No pudo concretarlo bien, las gotas de lluvia lo enturbiaban y deseó que fuera su propio rostro reflejado por una acción de espejo.

No deseaba pensar que aquel rostro fuera el de Aurore, pues ésa fue la primera impresión que tuvo. Ello le produjo un estremecimiento que le hizo desear estar a mil kilómetros de distancia de aquel lugar.

CAPITULO III

La noche se le hizo larga, muy larga, casi eterna en opinión de Marie.

No supo por qué temor, cerró con llave la puerta, atrancó lo postigos y no apagó una de las escasas luces de la habitación.

Pasó frío en aquel dormitorio húmedo en el que posible mente no había dormido nadie durante mucho tiempo.

El insomnio se apoderó de la joven y los ojos comenzaron a dolerle como buscando un sueño que no hallaba. Pensó y pensó en Aurore, en lo que le había sucedido y en la carta que le enviara.

—He llegado tarde, Aurore, perdóname.

Escuchó muchos ruidos. Era como si todo aquel caserón dividido en habitaciones para huéspedes fuera una fábrica de ruidos nocturnos o es que Marie los oía todos.

Le pareció escuchar pasos que se acercaban por el corredor y se detenían junto a la puerta. Miró hacia ella y no supo si por efecto óptico o porque estaba ocurriendo realmente, el pomo fue girado por dos veces a derecha e izquierda.

Después, no volvió a oír ruidos de pasos, pero la noche se le antojó eterna y lamentó estar en aquel lugar tan hostil. No hubiera viajado hasta allí de saber que Aurore había muerto. Oyó claramente el ruido de un velomotor que llegaba hasta el caserón, deteniéndose. Después, ruido de abrir y cerrar puertas. Miró su reloj.

—Las ocho —se dijo.

Decidió levantarse, no iba a resistir más tiempo metida en la cama.

Cuando ya vestida bajó al comedor, se encontró con una alta vietnamita que podía ser un cruce con algún europeo a juzgar por su elevada estatura.

Le sonrió tímidamente y, por mimetismo, Marie le correspondió. La mujer, que debía ejercer diversas funciones en el mesón, tales como cocinera, camarera y limpiadora, había preparado una mesa y sirvió a Marie leche caliente, café y unas galletas.

—Si desea algo más puedo prepararle un emparedado —sugirió la mujer vietnamita.

—Gracias, ahora no, luego, al mediodía.

—¿Se va a quedar aquí?

—No creo, luego iré a ver los horarios de los trenes.

Más repuesta por el desayuno pero sintiéndose pesada por la larga noche de insomnio, se dirigió al cementerio.

El día era gris, no llovía pero todo estaba mojado por el agua caída la noche anterior.

Se encontró con un poblado casi vacío vio a dos personas a distancia. Lo cierto era que para llegar al cementerio no necesitaba pasar por el centro del pueblo.

No podía comprar flores y buscó con la mirada por el camino, pero no halló nada. Le hubiera gustado encontrar aunque fuera una humilde margarita, pero no hubo suerte.

En las paredes que rodeaban y protegían el cementerio había humedad y abundancia de mohos.

Se acercó a la puerta de barrotes metálicos que estaba cerrada tal como le habían advertido. Se apartó, miró el muro y a su derecha, casi a una decena de pasos, descubrió un agujero medio camuflado por plantas silvestres.

Anduvo decidida hacia el agujero y lo observó con cierta aprensión, pero al fin se atrevió a introducir la mano y cogió una llave fría y húmeda, una llave grande a la que habían prendido un pedazo de cadena para hacerla más pesada y así evitar que se perdiera con facilidad.

Con la llave en la mano, Marie regresó de nuevo a la puerta, la introdujo en la cerradura y abrió.

La puerta gruñó sonoramente. Aquel ruido que sobrecogía, hacía destacar la soledad que la rodeaba.

Dejó la puerta entreabierta y avanzó por el sendero principal, entre una doble hilera de Cipreses altos y oscuros, muy añosos.

El cementerio no era grande y sus tumbas tenían el sudario verdoso del moho, aquél era un lugar frío y húmedo.

Observó que había varios tipos de tumbas, desde los nichos en alto a las sepulturas en la tierra y los panteones familiares.

No sería difícil encontrar la tumba de Aurore, ya que no llegaban a diez los panteones que se hallaban al fondo del cementerio, formando una hilera de capillas independientes.

En el primero de los panteones observó que las tumbas colocadas a derecha e izquierda en horizontal estaban cubiertas por ricas losas donde se hallaban cinceladas las inscripciones.

Fue mirando nombres hasta que descubrió: «FAMILLE BOISER».

—Aquí es —se dijo.

Se acercó a la puerta enrejada, una reja artística y probablemente ya con dos siglos encima, pero se conservada muy bien, como si la hubieran pintado para el entierro de Aurore.

Se acercó a las rejas y miró hacia el interior.

Allí había capacidad para ocho ataúdes, salvo que en el subsuelo hubiera más. Dos de los huecos estaban cubiertos con losas de mármol; dos más se hallaban vacíos, esperando, y los cuatro restantes estaban ocupados por ricos y pesados féretros de aspecto sólido y gran calidad artesana.

Hizo un esfuerzo para leer las inscripciones hasta descubrir cuál era el ataúd que correspondía a Aurore, ataúd que, por otra parte, se veía más nuevo.

«No he podido venir antes, Aurore. Lamento lo que te ha ocurrido, te apreciaba como a una hermana», le dijo mentalmente.

Trató de orar y no lo consiguió, las oraciones no cuajaban en su pensamiento.

De súbito, escuchó unos golpes que sin duda procedían del interior del panteón y se sobresaltó, echándose hacia atrás.

Se quedó con el aliento suspendido. Tuvo la impresión de que su corazón acababa de paralizarse y el frío más intenso envolvió su cuerpo.

—No es posible —musitó—. Todo es culpa del insomnio...

Daba por sentado que había sufrido una especie de alucinación auditiva cuando volvió a oír los golpes.

Ya no cabía duda, no era una jugarreta de su cerebro a causa de una mala noche.

—¡Marie, Marie! —llamó la voz lejana que semejaba brotar del interior de una caja bien cerrada.

Marie quedó como petrificada, en aquellos instantes fue incapaz de moverse. Notó que el paladar se le había secado, buscó saliva y no la encontró.

Tuvo la sensación de que si hablaba, si pronunciaba una sola palabra, saldría rota, agudamente rota.

—¡Marie, Marie, ayúdame, sácame de aquí, ayúdame, sácame de aquí!

—No, no es posible, no es posible —gimió Marie, llevándose las manos a los oídos.

—¡Marie, te lo suplico, ayúdame, sácame de aquí!

Hizo un esfuerzo sobrehumano, se acercó a la reja y casi gritó:

—¡Aurore, Aurore! ¿Eres tú?

—Sí, Marie, soy Aurore, Aurore. Sácame, por favor, sácame.

—¿Cómo, cómo, si todo está cerrado?

—No digas nada a nadie, Marie, no lo digas. Busca las llaves y vuelve, por favor, busca las llaves y vuelve.

—¿Cómo, cómo te han podido encerrar estando viva?

—No temas, Marie, estoy bien. Busca las llaves y vuelve, por favor, vuelve.

—¡Voy a pedir socorro!

—¡No, Marie, no digas nada, no digas nada! —gritaba Aurore desde el interior de su frío ataúd.

—¿Por qué, por qué?

—No me quieren, Marie, no me quieren, no digas nada.

—No temas, Aurore, vendré pronto y te sacaré, te lo prometo.

—¡Marie, Marie, no te olvides de mí! —suplicaba Aurore.

Marie se apartó del panteón, tambaleante, estaba conmocionada.

No podía creer que su amiga estuviera encerrada viva en aquel patético y horrible lugar.

Se dirigió hacia la salida ya sin ver nada. Debía hallar cuanto antes las llaves del panteón y liberar a Aurore.

—¿Por qué, por qué la habrán encerrado así? Dios mío, Dios mío, haz que llegue a tiempo de salvarla...

Salió atropelladamente del cementerio.

Se había alejado unos pasos cuando se acordó de la puerta. Retrocedió sobre sus pasos, cerró para que nadie notara que el cementerio estaba abierto y lo cerró con llave.

Regresó al agujero para dejar la llave con su pedazo de cadena donde todo el mundo sabía que estaba, es decir, las gentes del pueblo. De pronto, notó que le tocaban la mano desde el otro lado.

—¡Ah!

Cayó hacia atrás al apartarse violentamente, con un miedo indescriptible, cuando vio aparecer por el orificio la cabeza de un gato.

Miaaauuuuuu...

Marie cerró los ojos y suspiró, aliviada. Ya más repuesta, se puso en pie y retornó a la Maison des Arbres.

Encontró al tío de Bertrand sentado en el atrio en una poltrona, muy tapado.

—Hola, mademoiselle. ¿Ha ido ya al cementerio?

—Sí, sí.

—¿Ha encontrado la llave?

—Sí.

—¿Todo bien?

Antes de responder, Marie le preguntó:

—¿Cuánto, cuánto tiempo hace que murió Aurore?

El hombre miró hacia el techo del atrio y luego bajó los párpados como para pensar mejor.

—Cómo pasa el tiempo, se olvida uno de todo... No sé si es que me hago viejo a grandes zancadas, pero...

—¿Cuánto tiempo hace, cuánto? —insistió Marie, impaciente y nerviosa.

—A ver, déjeme pensar... Fue la semana última del mes pasado, era viernes y había plenilunio, me acuerdo bien, si, me acuerdo bien. Veintiocho días.

—¿Veintiocho días? —repitió Marie, entre sorprendida y asustada.

—Sí, mademoiselle, no hay duda, veintiocho días. Era muy guapa, pero en estos momentos ya debe estar hecha una pena...

CAPITULO IV

A Marie se le había metido el frío en el cuerpo, de tal forma que no conseguía liberarse de él. Había tiritado y hasta temió haber enfermado de algún proceso gripal o algo parecido.

No deseando permanecer mucho tiempo en la Maison des Arbres, salió de ella encaminándose al pueblo.

Su propósito era llegar a la estación para ver los horarios de los trenes, pero lo que en realidad deseaba era caminar, caminar para poder pensar. Su mente parecía querer estallar.

—¡Mademoiselle!

Se volvió y miró al hombre con gesto extraviado.

—¿Sí?

—¿No me recuerda, mademoiselle?

Marie sacudió los párpados como si la hubieran sorprendido dormida.

—Sí, claro, usted me llevó en su taxi.

—El taxi no era mío. Mi coche, es decir, el de mi abuela, es aquél.

Le señaló un coche de modelo muy viejo, aunque se veía bien cuidado.

—Hum...

—Sí, ya sé que hace décadas que no se fabrica un coche como ése, pero es muy bueno mientras no se le quiera hacer pasar de setenta kilómetros hora, porque entonces le sale el reuma.

—¿Reuma?

—Es un decir, como está tan viejo... Por cierto, ¿cómo ha pasado la noche?

—Mal.

—Es usted sincera.

—Siempre lo he sido. En ese mesón no hay el más mínimo confort.

—Es lógico, nadie acude allí a menos que llegue un forastero inesperado.

—¿Como yo?

—Exacto.

—No me gusta nada todo esto, nada.

—Es comprensible tal como lo ve ahora; pero en verano es muy distinto, resulta hasta agradable. Toda esta humedad que hay ahora, en verano da frescor a esta zona y tendrá que ver las termas, hay unas que fueron utilizadas por los romanos.

—No me importa nada.

—Está usted preocupada. ¿Acierto?

—Sí, sí, acierta.

—¿Problemas?

—Iba a la estación.

—¿Se va ahora mismo?

—No, no, iba a consultar los horarios.

—Ah, por eso no se preocupe, yo llevo encima una pequeña lista de

horarios, como soy asiduo a ellos. La verdad es que cuando mi abuela desaparezca, ya vendré poco o nada por aquí.

—¿Pese a que es al heredero?

—Quizás venda, aunque actualmente esto no tiene demasiado valor. Si estuviera cerca de la playa, sería otra cosa. Bueno, si se dirigía a la estación, venga, suba al coche y la llevaré. Después de todo, siempre quedará más tranquila si toma los horarios de la lista oficial.

Sin dar las gracias, subió al automóvil negro, de cromados brillantes, que arrancó ruidosamente.

—¿Usted sabe cuánto murió mi amiga Aurore?

—Pues, por lo que me escribió mi abuela, yo no estaba aquí, creo que hará cerca da un mes.

—¿Un mes? —Marie semejó hundirse más en su asiento.

—¿Le sucede algo? Hábleme con confianza.

—No, no.

—Si le ocurre algo, trataré de ayudarla, soy médico.

—¿Médico?

—Sí, acabé la carrera el año pasado. Estoy haciendo el internado y tengo para dos años más. La verdad, no puedo decir que posea experiencia pero al menos tengo la teórica todavía muy fresca en mi cerebro. Puedo asegurarle que estudié con ahínco e interés, no sólo por obtener el título.

—¿Cuánto, cuánto cree que podría resistir una persona enterrada viva?

—¿Quiere decir cuánto tardaría en morir?

—Eso, eso es.

—Poco tiempo.

—¿Cuánto es poco tiempo? —intentó concretar Marie.

—Una horas, dos, tres días como máximo.

—¿Tan poco?

El coche circulaba lento y ruidoso camino de la estación. A ambos lados de la estrecha carretera, los árboles mostraban sus ramas desnudas, unos árboles que en verano debían brindar una sombra agradable, pero por aquellos días no resultaban nada acogedores.

—Verá... O mejor, ¿permites que te tutee?

—Sí, claro.

—Pues, por lo que yo sé, en los casos en que sucede el enterramiento de una persona viva, es tal el espanto de ésta a! descubrirse dentro de un ataúd, sin posibilidades de movilidad, que se busca la muerte.

—Pero la muerte por inanición es larga. Una persona puede resistir mucho tiempo sin agua ni comida.

—Una semana sin agua, hay quien más, quien menos, y un mes sin comida. Sin embargo, las personas enterradas vivas se autoarañan. Se buscan la muerte cuando ya han agotado las posibilidades de llamar !a atención de alguien que las salve, es decir, dan golpes, gritos. Por supuesto, es una muerte horrible y, pese a lo que la gente opina, ocurre menos veces de las que se

cuenta. La verdad es que la mayoría de las personas tienen pánico a pasar por semejantes circunstancias. Bueno, ya hemos llegado a la estación...

Albert Renoir detuvo el automóvil.

—Un momento... —le pidió Marie.

—¿Si?

—Pienso que si la persona que quedara encerrada viva dentro del ataúd fuera capaz de resistir el terror porque tuviera mucha sangre fría, podría vivir muchos días, ¿no?

—Sí, podría vivir, pero yo no lo creo. Ante esas circunstancias hace falta mucha sangre fría. Además, has olvidado algo fundamental.

—¿El qué?

—El aire, el aire es indispensable para seguir viviendo. Cualquier ser humano, puesto en un ataúd bajo tierra, tiene una escasísima capacidad de aire que le permitiría vivir muy poco tiempo, apenas una hora.

—¿Y si no estuviera bajo tierra?

—En un nicho, la capacidad de aire también es reducida. La pared está tapiada con ladrillos o con una losa marmórea.

—¿Y sólo dentro del ataúd?

—En ese caso, el ataúd debe ser de gran calidad y por lo tanto tampoco puede respirar. Esos ataúdes muy buenos pueden llevar una válvula disimulada, afuera sólo se ve un pequeño orificio, por el que escapan los gases de descomposición para que no llegara a coger presión el interior del ataúd y estallara. Los gases escapan; sin embargo, no pueden volver a entrar.

—No lo sabía —confesó Marie, pero rápidamente añadió—: Sin embargo, un ataúd bueno puede no ser perfecto y tener fisuras.

—Sí, claro, puede tenerlas.

—¿El hueco de la cerradura, por ejemplo?

—No creo, porque ya se hace de tal modo que ese hueco no traspase al otro lado, ya que se supone que el cadáver no va a utilizar la cerradura.

—Pues, deberían hacerlo y dejarle una llave a mano.

Albert Renoir sonrió.

—¿Estás preocupada por la catalepsia?

—No, no es eso.

—¿Has ido esta mañana al cementerio?

—Sí.

—¿Inquieta por Aurore?

—Sí, sí.

—No temas, si el doctor Delapierre firmó el certificado de defunción es que Aurore estaba muerta. Es un viejo que se asegura. Conoce el terror popular a ser enterrado vivos y lo que en las grandes ciudades puede taparse, aquí no, aquí todos lo sabrían y le culparían a él. Tampoco creo que su conciencia profesional lo soportara.

—Pues Aurore está viva, viva —estalló al fin.

—¿Qué dices?

—Que está viva.
—Imposible.
—He estado delante del panteón y me ha llamado, me ha pedido que llevara las llaves para...
—¿Has dormido mal esta noche?
—Nada, no he dormido.
—Peor, has debido sufrir una alucinación.
—No, no, eso también me lo he dicho a mí misma, pero he oído claramente a Aurore. Me ha pedido que la sacara de su ataúd y que no se lo dijera a nadie.
—Sí, es preferible que no se lo digas a nadie.
—¿Porque creerán que estoy loca?
—La verdad es que eso pensaron de Aurore.
—¿Qué es lo que le sucedió en realidad?
—No lo sé. Creo que al doctor Delapierre dijo que fue una depresión progresiva con un fallo cardíaco final.
—Pero el corazón puede pararse falsamente, ¿no?
—Sí, se puede creer que un corazón está detenido y no estarlo en realidad. Eso puede pasar en un pueblo si no se tiene a mano un electrocardiógrafo.
—Y el doctor Delapierre no lo tiene, ¿verdad?
—No, que yo sepa no lo tiene.
—Entonces. Aurore puede estar viva.
—Imposible.
—¿Por qué, por qué?
—Ningún ser humano, que yo sepa, puede resistir sin aire y sin agua. Recuerda que hace casi un mes que murió.
—Ya la he oído —insistió.
—Está bien, te acompañaré.
—¿Adónde?
—Al cementerio. —Puso el coche en marcha—. Acompañados, estas cosas se ven con más claridad. ¿Te importa?
—No, no, lo prefiero. Vamos, así tú también la oirás.
Albert condujo el vetusto automóvil en dirección al cementerio, deteniéndolo delante de él. Miró a la muchacha y le preguntó:
—¿Cómo has entrado?
—Con la llave que está en aquel agujero —señaló hacia el muro.
—¿Lo sabías?
—Me lo ha dicho el tío Bertrand.
—Bien, vamos.
Recogieron la llave y se adentraron en el recinto.
Marie se sintió mucho mejor yendo acompañada de Albert que, por otra parte, era médico y eso le daba cierta confianza.
—Bien, ya estamos ante el panteón de la familia Boiser.
Marie se adelantó hasta las rejas y llamó:

—Aurore, Aurore, ¿me oyes? Aurore, soy Marie... ¿Me oyes?

Tras ella, Albert Renoir guardó silencio, observándola.

Luego, dijo:

—Desengáñate, no responderá, es imposible.

—No está muerta, yo la he oído antes, ¡puedo jurarlo!

—Y yo te creería.

Marie se revolvió hacia el hombre.

—No te entiendo, dices que es imposible y que me creerías... Unas palabras se contradicen con las otras.

—He dicho que te creería porque pienso que has sufrido una alucinación. Llegaste para verla y te dijeron que había muerto, fue un shock para ti. Ella era joven, de tu misma edad, ¿no?

—Sí.

—Fue una impresión muy desagradable; además, el tiempo desapacible, la lluvia, la soledad, el viejo caserón de la Maison des Arbres, una noche de insomnio... Luego, por la mañana, visita al cementerio. ¿Cómo crees que puede estar tu mente?

—¿Me estás diciendo que estoy loca?

—En absoluto, has sufrido una especie de alucinación. Creo que con un descanso y unas horas de sueño, todo arreglado. Yo puedo recetarte algo para que duermas.

—¿Somníferos?

—Creo que soy de los médicos a los que no gusta recetar somníferos, pero hay ocasiones en que son indispensables.

Marie se aferró a los barrotes de la puerta y gritó:

—¡Aurore, Aurore, habla como antes, por favor, te lo suplico, habla ahora!

No hubo respuesta alguna, ni el más mínimo ruido. Marie estalló en un sollozo y notó que Albert la cogía por los hombros. Se dejó llevar.

—Puedes sollozar cuanto quieras, eso te desahogará. Luego, duermes unas horas y cuando despiertes, estarás recuperada. ¿Estás bien instalada en la Maison des Arbres?

—Tengo una habitación.

—Será suficiente. Anda, volvamos al coche. Pasaremos antes por la casa de mi abuela y te daré unas pastillas de mi propio botiquín, será mejor eso que vayas a comprarlas tú. Vamos.

Marie se dejó llevar.

Albert Renoir se encargó de cerrar el cementerio y poco después, el coche runruneaba alejándose del lugar.

Marie miró hacia atrás; no estaba del todo convencida de que lo que le había sucedido fuera una alucinación.

CAPITULO V

—¡Rosalie, Rosalie! —llamaba la madre a su hija de siete años.

Aquella mujer era la esposa del jefe de la pequeña estación ferroviaria que por una carretera bordeada de árboles enlazaba el pueblo con el ferrocarril.

—¡Mamá, mamá!

Rosalie pedaleaba con una pequeña bicicleta junto a la carretera cuando se acercaba un automóvil.

La madre vio avanzar el vehículo cuando la niña iba a dar la vuelta con la pequeña bicicleta que poseía dos ruedecitas accesorias para guardar mejor el equilibrio de las inexpertas criaturas a las que resultaba difícil controlar la máquina de pedal.

A la madre se le hizo un nudo en la garganta que le impidió gritar al ver que el coche se echaba encima de su hija que irrumpía de improviso en el centro de la estrecha carretera.

Los frenos chirriaron y el coche consiguió detenerse a pocos centímetros de la pequeña.

La cabeza del tío Bertrand asomó por la ventanilla, llamando la atención de la niña.

—¡Rosalie!

—¿Sí?

—¡Debes respetar las señales de tráfico!

—¿Qué?

—Estás obstaculizando al tráfico. Te impondré una multa que pagarás con un caramelo.

—¿Me da un caramelo?

—¡Rosalie, ven aquí!

La niña, sin preocuparse de que había estado a un paso de la muerte, se puso a pedalear de nuevo por el centro de la carretera en dirección a su madre que se hallaba excitada.

—¡Te voy a castigar, voy a encadenar esta bicicleta!

Bertrand avanzó hacia ellas.

—Ha corrido peligro.

—Sí, como pasan tan pocos coches se cree que puede hacer lo que quiera.

—Por cierto, ¿ha visto a una señorita por aquí?

—¿Se refiere a la que iba acompañada por el doctor Renoir?

—¿Ha estado con él?

—Sí.

—Bien, creía que se había perdido, como ha dejado el equipaje en la Maison. En fin, si está con Albert, no hay que preocuparse.

—Llegaron juntos en el mismo tren.

—No sabía que fueran amigos, lo que sí sé es que está muy afectada por la muerte de Aurore.

—¿Eran amigas las dos?

—Sí, y no sabía que Aurore había muerto.

El tío Bertrand hizo girar ciento ochenta grados su viejo vehículo break y regresó al pueblo mientras la pequeña Rosalie volvía a pedalear, escapando de su madre.

Marie se había tomado el somnífero que le diera el joven doctor y prefirió regresar a pie a la Maison des Arbres.

Encontró a Hoi, la vietnamita que iba de un lado a otro en su velomotor, limpiando en la cocina.

—¿A qué hora quiere que le sirva la comida?

—No, gracias, no creo que pueda comer, me voy a acostar —le respondió Marie.

—¿Ahora?

Ante la extrañeza de Hoi, Marie explicó:

—Es que he dormido muy mal esta noche. El doctor me ha recomendado que duerma unas horas.

—¿Se encuentra mal, mademoiselle?

—No, sólo que estoy necesitada de sueño. Ayer viajé mucho y esta noche no he descansado nada bien.

—Comprendo, se enteró de la muerta de mademoiselle Aurore.

—Sí, eso es.

—Vendré a las siete para prepararle la cena.

—Gracias, Hoi. Si mañana me siento bien, creo que tomaré el tren de regreso, nada tengo que hacer aquí.

—No crea, mademoiselle, aquí hay muchos lugares bonitos que visitar.

—¿Las termas?

—Sí, mademoiselle, y junto a las termas hay un laguito con patos blancos, es bonito.

—¿Y el torreón?

Hoi parpadeó como si no comprendiera.

—¿Qué torreón, mademoiselle?

—Uno que tiene la puerta cerrada.

—Pues, no sé de qué torreón me habla, mademoiselle.

—Aurore me contó que había un bosque de árboles y que en un claro había un torreón sin ventanas, con una gruesa puerta de madera.

—No sé, mademoiselle. ¿Y ese torreón tiene algo importante?

—Lo ignoro. Aurora me habló de él y si lo hizo, supongo que deberá ser singular.

—Ya preguntaré y si averiguo algo, se lo diré.

—Gracias, Hoi.

A Marie le pesaban los párpados. El sueño artificial causado por el somnífero comenzaba a doblegarla.

Notaba que las palabras no sólo le salían sin fluidez sino que incluso tenía dificultad para pronunciar algunas sílabas. Tenía la impresión de que de un

instante a otro se desplomaría sobre la cama y luego dormiría horas y horas.

Anduvo hacia la escalera y se percató de que los pies le pesaban como si los tuviera lastrados con plomo. Al mismo tiempo, era como si las piernas no fueran suyas.

Llegó a la habitación y se encerró.

Respiró hondo, pensando que desvestirse iba a resultar pesado y que la habitación estaba fría y húmeda. No le gustaba aquel dormitorio, no le gustaba la Maison des Arbres.

«Quiero irme de aquí, quiero irme... No me gusta esto, no me gusta. Aurore, tú estás muerta y yo también, pero de sueño.»

Se quitó la ropa hasta quedar en braguitas y se puso un camisón largo para no tocar con su cuerpo aquellas sábanas tan frías. Se metió en la cama.

—Podre Aurore...

Respiró hondo y sus ojos se cerraron. Ya no tuvo fuerzas para volver a abrirlos.

—Qué viaje más triste, qué viaje más desagradable. Quiero dormir, quiero dormir, quiero dormir —se repitió, hasta que ya no dijo nada más y su respiración se tornó profunda.

El fármaco había vencido al insomnio, pero no iba a quedar libre de las horribles pesadillas.

CAPITULO VI

Al abrir los ojos, Marie tuvo la impresión de que escapaba de una especie de infierno y agradeció hallarse despierta.

Notó un sabor desagradable y movió los ojos, súbitamente abiertos para mirar en derredor. Ignoraba la hora que era.

Miró hacia la ventana y comprobó que había oscurecido ya, lo que no era nada anormal, pues oscurecía pronto. —Tengo hambre —se dijo.

Se levantó y recordó muy bien dónde estaba y qué era lo que tenía que hacer para comer algo. Ya vestida, salió de la alcoba.

—Monsieur Bertrand, monsieur Bertrand —llamó.

Fue inútil, su voz halló ecos en la casa pero nadie respondió.

Bajó al comedor.

—¡Hoi, Hoi!

La joven y alta vietnamita tampoco estaba. Observó que en el comedor había una mesa dispuesta con un mantel y dedujo que sería para ella, pero al consultar su reloj comprobó que todavía no eran las siete.

Como no le apetecía quedarse sentada delante de la mesa sin poder tomar nada, se dedicó a deambular por el mesón. Observó las viejas dependencias, preguntándose si Aurore habría estado en todas ellas. ¿Qué era lo que haría cuando estaba allí?

Encontró abierto el despecho de Bertrand Boiser y se fijó entonces en el secreter abierto.

«Por favor, Marie, ayúdame, ayúdame, sácame de aquí.»

Recordó con absoluta claridad la angustiosa llamada de Aurore.

—Está viva —se dijo—, está viva pese a lo que diga Albert...

Se acercó al bureau y se giró bruscamente, mirando hacia atrás con la sensación de que había alguien a sus espaldas; mas, no había nadie, la soledad se palpaba en el ambiente.

Se adelantó hasta el escritorio y observó los pequeños estantes de madera sin hallar lo que buscaba.

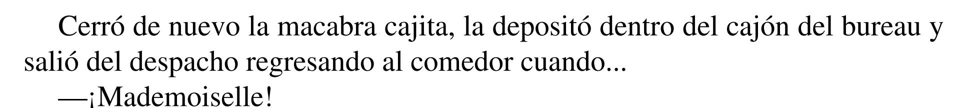
Abrió los cajones uno por uno, buscando en su interior hasta que encontró uno de ellos lleno de llaves, lo que se comprendía por ser el lugar un mesón.

—¿Cuál será? —se preguntó.

Rebuscó entre las llaves hasta que al fondo descubrió una cajita que en realidad era un pequeño ataúd. De inmediato comprendió que aquella caja era lo que buscaba.

Posiblemente la funeraria que proporcionaba los costosos ataúdes debía entregar a sus clientes aquella caja-llavero en forma de ataúd que no debía hacer demasiada gracia pero que servía muy bien para identificar qué clase de llaves guardaba.

Tomó la alargada cajita, la abrió y de su interior extrajo un manojo de llaves que se guardó.


Cerró de nuevo la macabra cajita, la depositó dentro del cajón del bureau y salió del despacho regresando al comedor cuando...

—¡Mademoiselle!

—¡Ah!

—No se asuste, soy Hoi.

—Sí, sí, ya la he visto. Me he despertado y al no ver a nadie en el mesón, he llamado —explicó, vacilante.

—He salido a buscar vino, he pensado que no le iría mal. Hace demasiado frió, como monsieur Bertrand no quiere calentar el mesón... Dice que resulta muy caro y eso es cierto y como apenas gana en verano, se comprende.

—Sí, yo también lo comprendo. La verdad es que tengo hambre.

—Es natural, mademoiselle —asintió con una sonrisa la amable Hoi.

Marie se sentó ante la mesa, apretando las llaves en bolsillo. Hoi le sirvió bien y Marie volvió a notar calor en sus mejillas y en todo su cuerpo.

—¿Se siente mejor ahora?

—Sí, sí, mucho mejor.

—Lo malo es que no va a dormir después de haber dormido durante todo el día.

—Saldré a dar una vuelta.

—¿De noche? —se asombró Hoi.

—No importa, no soy miedosa. Además, el doctor Renoir ha dicho que podía pasar por su casa, que iba a presentarme a su abuela.

—Será mejor que vaya por la mañana.

—Creo que si no doy una vuelta, no dormiré. ¿Hay por aquí alguna linterna?

—Sí que hay, pero es mejor que no salga de noche —insistió la muchacha vietnamita.

—¿Puede haber algún peligro?

—No, que yo sepa; sin embargo...

—¿Qué?

—Nadie puede olvidar lo que le ocurrió a mademoiselle Aurore.

—¿Y qué es lo que le pasó, realmente?

—Debió ser asaltada por algún vagabundo y se trastornó.

—¿Y seguro que fue un vagabundo?

—Sí; bueno, eso creen todos.

—¿Y tú no tienes miedo de salir sola?

—¿Yo? Como voy en el velomotor...

—¿Piensas que no te van a perseguir?

—Creo que no.

—De todos modos, necesito dar un paseo; si no, enfermaría ahora. ¿Me buscas una linterna?

—Sí, en seguida.

Marie había observado que le caía bien a Hoi y a ella le simpatizaba la joven vietnamita, había un buen trato entre ambas. No podía pensar que el tío

Bertrand le sirviera algo, aquel hombre cojo parecía completamente desmoralizado por el hundimiento de su negocio, un negocio que posiblemente en su juventud fuera próspero.

—Esta le irá bien.

Hoi le entregó una linterna abultada pero que daba una luz pobre, seguramente porque las pilas se hallaban medio consumidas.

Marie salió al exterior y cuando se hubo alejado de las luces cercanas, se sintió invadida por el temor.

—Marie, Marie, ¿qué haces? —se preguntó a sí misma.

Jamás se hubiera creído capaz de visitar un cementerio de noche y sola. Si ella misma se lo hubiera dicho un par de días antes, habría afirmado categórica que eso no lo haría jamás.

Se encaminó hacia el cementerio.

Ya no podía perderse aunque fuera de noche y evitó encender la linterna. El cielo se había despejado y ofrecía una buena luna.

Llegó a la verja, podía verla con cierta claridad. Se acercó al agujero donde se guardaba la llave de la puerta, se agachó y lo miró con cierta prevención, recordando que por allí había asomado su cabeza el gato para maullar.

Iluminó el agujero con la linterna y luego introdujo la mano. La llave gruesa, con la pesada cadena, pasó a sus manos y se dirigió a la puerta.

La abrió y el chirrido fue tan fuerte en el silencio nocturno, que temió que fuera oído hasta en el pueblo.

Cuando dio el primer paso ya en el cementerio, tuvo la impresión de que el miedo se había apartado de ella, que ya no lo llevaba encima, agarrotándole las coyunturas, oprimiéndole la garganta, haciendo dubitativos sus pasos.

Avanzó entre la doble hilera de altos, sombríos y oscuros cipreses que semejaban gigantes fantásticos que escoltaran el camino de los peatones.

Se sorprendió a sí misma por haber llegado al panteón de los Boiser sin ninguna clase de temor.

—Aurore, Aurore, ¿estás ahí?

No obtuvo respuesta y vaciló; no obstante, sacó el manojo de llaves. Todas eran de ataúdes menos una, más grande, que debía corresponder a la puerta.

La introdujo en la cerradura y tuvo que forcejear hasta conseguir que la llave girara. Al fin, la verja cedió y por el ruido que causó, miró en torno suyo, temiendo ser descubierta. Podían tomarla como una ladrona de tumbas o por una loca.

El interior estaba oscuro. Tuvo que encender la linterna para iluminar con pobreza el ataúd de Aurore, un ataúd lujoso y caro. Debía haber hecho un gran sacrificio tío Bertrand para pagarlo, salvo que los Boiser ya tuvieran previsto ese punto.

—¡Aurore, Aurore, soy Marie, Marie, tu amiga! Dime, ¿estás viva?

El aire era frío y húmedo allí, no le gustaba estar en el panteón, pero se sentía en la obligación moral de intentar ayudar a su amiga.

No podía marcharse sin hacerlo o toda su vida se reprocharía su cobardía.

Buscó entre las llaves que tenía y probó con dos. Sus movimientos eran ahora nerviosos, casi febriles.

Al fin, la llave más nueva giró y el cierre del ataúd se abrió. En aquel instante, Marie contuvo la respiración.

¿Cómo podía estar allí, sola en la noche, dentro de un panteón y abriendo un ataúd que podía contener un cadáver corrupto?

«Tengo que comprobarlo. Será sólo un momento u viviré tranquila el resto de mis días. Yo no creo en aparecidos, los muertos están muertos y no hay fantasmas, no los hay, no los hay», se repitió para convencerse a sí misma y darse unas fuerzas que comenzaban a fallarle.

Empujó la tapa hacia arriba. Dentro yacía un cuerpo, un cuerpo que iluminó con la linterna, un cuerpo pálido pero incorrupto.

—Marie...

Marie quedó como petrificada al ver que el cadáver de Aurore se levantaba y la cogía a ella. Un helor que la lastimó psíquicamente emanó de Aurore cuyos ojos parecían irradiar una luz maligna.

—¡Aurore, Aurore, estás viva, viva!

—Sí, Marie, gracias por liberarme.

Aurore, vestida con su sudario, tan pálida como una estatua de mármol blanco, abandonó la sepultura. Casi flotando como si fuera una proyección y no un ser real, se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera, Aurore, espera!

—Adiós, Marie. No digas nada de mí, adiós.

Marie la vio alejarse como si fuera un espectro y quedó sobrecogida dentro del panteón.

Aurore había escapado como un cuervo al que se le abre la jaula.

Viendo que ya no la podía hacer regresar, cerró el ataúd y dio la vuelta a la llave. Después, cerró la reja también con llave.

Aurore no era un espectro, no era un fantasma. Aurore poseía un cuerpo físico que había abandonado su sepulcro escapando hacia donde Marie no sabía.

Se alejó del panteón temblando, era como si el miedo hubiera vuelto a caer sobre ella.

Unas nubes negras ocultaron la luna mientras avanzaba entre los Cipreses que, de súbito, comenzaron a rumorearle algo mientras se levantaba un viento helado.

Era como si le recriminaran que hubiese dejado escapar a Aurore que debía permanecer en su sepulcro, bien cerrada por el símbolo de la cruz que estaba sobre la tapa del ataúd, en el propio panteón y en la puerta enrejada.

Aurore había huido, libre, como rompiendo cadenas, liberándose de unos invisibles grilletes que la mantuvieran inmovilizada,

Marie llegó a la puerta del cementerio. Se acercó luego al agujero y arrojó la ¡lave para no meter su mano allí dentro.

Se alejó rápidamente hacia el pueblo. Aurore se le había escapado e

ignoraba adónde podía haber ido.

No fue hacia la Maison des Arbres sino que se internó en el pueblo; caminaba aprisa y no sabía en qué dirección. Era como si huyese o estuviera buscando el cadáver fugitivo de Aurore.

—¡Ah!

—No te asustes —le pidió Albert, cogiéndola entre sus brazos.

Marie ya no pudo resistir más la tensión y dejó caer su cabeza contra el pecho masculino, comenzando a sollozar.

—Tranquilízate, tranquilízate...

Le agradó la protección del hombre pero siguió sollozando para que el miedo escapara de ella, disuelto en lágrimas.

CAPITULO VII

El pequeño tractor llegó ruidosamente al pueblo, arrastrando tras de sí un automóvil encadenado, un vehículo que había decidido no funcionar más hasta que un mecánico entrara con sus manos en el motor.

Dentro del coche viajaban dos hombres y tres mujeres, sólo una de las cuales era joven, una muchacha de cabellos pelirrojos y ojos muy redondos que siempre parecían sorprendidos ante lo que veía en su entorno.

Una de las mujeres no cesaba de hablar.

El hombre que cubría su calva casi total con una gorra, tenía el rostro contrariado mientras que su compañero, de algo más de cuarenta años, se mostraba sonriente y de cuando en cuando lanzaba ojeadas a la muchacha pelirroja.

El tractor se detuvo.

Su conductor saltó al suelo y acercándose al turismo, golpeó con los nudillos sobre el cristal de la ventanilla correspondiente al conductor, como si se dispusiera a entrar en un despacho.

Era noche cerrada y se veía poco; el coche no tenía luz ni para los faros.

—Hemos llegado.

El hombre de aspecto disgustado bajó el cristal de la ventanilla y preguntó:

—¿Adónde?

—A la Maison des Arbres, aquí pueden hospedarse.

—¿Y el coche?

—Lo dejamos aquí y mañana por la mañana avisan al mecánico.

—¿Y no podrían arreglarlo ahora?

—No creo, monsieur; mejor pasan la noche aquí en la Maison des Arbres y mañana se lo arreglarán. El mecánico tiene buenas manos, a mí me arregla el tractor.

—De todos modos, ¿puede avisarle para que pase por aquí?

—Sí, monsieur. Son doscientos francos, monsieur.

—¿Doscientos? ¡Es mucho! —protestó.

—No lo crea, monsieur, a mí me cobraron lo mismo una vez que tuvieron que ir a por mi mula mecánica.

—Está bien —refunfuñó—, pero avise al mecánico.

—Lo que usted mande, monsieur.

Tomó los doscientos francos y tras quitar la cadena que sujetaba el coche averiado, regresó a su pequeño tractor, alejándose ruidosamente.

—¿Y qué vamos a hacer aquí? —preguntó madame Joana.

—¿Qué vamos a hacer, qué vamos a hacer? Pues pedir hospedaje.

—¿Eso es un mesón? Más parece un caserón siniestro.

—¿Qué va a parecer? Es muy tarde, suerte tendremos si nos dan hospedaje.

—Yo no tengo sueño —dijo la chica pelirroja.

—Ve y pregunta.

—Será mejor que vayamos todos —propuso el conductor—, Después de todo, este cacharro ya no puede seguir rodando y no creo que queráis pasar la noche aquí dentro.

Decidieron salir todos del vehículo y, en grupo, subieron al atrio de la Maison des Arbres.

Llamaron a la puerta y no tardó en aparecer tío Bertrand, cojeando ostensiblemente por su pierna más corta. Mirando al grupo, preguntó:

—¿Qué desean?

—Pasar la noche. Se ha averiado nuestro coche y no podemos continuar, nos ha remolcado un tractor.

—¿Cuántas habitaciones desean?

—Con tres es suficiente.

—Queremos cenar.

—Lo siento, pero a estas horas ya no servimos cenas, a lo sumo café, coñac y galletas.

—Si no hay nada más —aceptaron a regañadientes.

El viejo Bertrand no se preocupó demasiado en mostrarse amable con los huéspedes forzosos. Era ya un hombre que no esperaba mucho de la vida y no se molestaba en conseguir nuevos logros.

Tomaron café y galletas. Tío Bertrand no tenía más que ofrecerles y tampoco podía ir a buscar alimentos a otro lugar ya casi de madrugada.

Las habitaciones eran todas frías, pero podía dormirse en ellas si no se tenía reuma.

—Qué frío hace en esta casa —se quejó una de las mujeres.

—Si por lo menos pusieran unos troncos en la chimenea.

Maurice, el hombre que no cesaba de lanzar ojeadas a la joven pelirroja, preguntó con aire de complicidad:

—¿Se ha marchado el tío cojo?

—Sí, yo creo que se ha ido.

—Pues, vamos a calentarnos.

—¿Cómo? —le preguntaron.

—Ya veréis. Acercad la mesa a la chimenea, todas estas sillas no valen nada, ni se darán cuenta de que faltan.

—Pero, ¿qué pretendes hacer?

—Buscar un poco de calor —respondió al dueño del coche averiado.

Tratando de hacer el menor ruido posible, aquel hombre que pretendía ser admirado por las mujeres, rompió tres sillas y las introdujo en la chimenea. Les prendió fuego y cuando brotaron las llamas preguntó con cierta actitud de triunfo:

—¿Hay algo más que quemar?

—Aquel cuadro que es muy feo —señaló Silvy, la chica pelirroja.

Maurice se acercó al cuadro y lo descolgó. En él aparecía una mujer da aspecto juvenil que todos ignoraban quién era y que podía parecerse mucho a

la fallecida Aurore.

—Se rompe por aquí... —dijo, partiéndolo con el pie—. Y por aquí...

—Si haces tanto ruido, bajará el tío cojo y nos va a llevar a la prefectura —advirtió el dueño del coche, molesto.

—A grandes males, grandes remedios. Si no hay calor, lo fabricamos. No puede tolerarse un caserón de huéspedes tan frío y húmedo como éste.

Y arrojó al fuego el óleo destrozado.

—¡Qué divertido es esto! —se rió Silvy.

—Cuando comience a apagarse el fuego, meteremos otra silla.

—Huele mal —se quejó Héloíse, una de las dos mujeres mayores.

—Es lógico, son los barnices.

—Bueno, ahora sí se está bien aquí —aceptó la otra mujer, ya más tranquila, acercándose a la chimenea.

—Hemos tomado café, un poco de bebida y muchas galletas. ¿Alguien tiene ganas de irse a dormir? Es preciso advertir que las habitaciones estarán frías como neveras.

—¿Por qué no hacemos una sesión aquí y ahora? —propuso la joven pelirroja mirando en torno suyo.

—¿Aquí y ahora? —repitió el dueño del coche, perplejo.

—Sí, será divertido. ¿No viajamos lejos para hacer una sesión de espiritismo? Pues este caserón me parece con condiciones.

—Por mí, de acuerdo, admito que el caserón reúne condiciones —dijo la mujer madura que se prestaba a hacer de médium.

—Está bien. Con el fuego de la chimenea al lado tiene más encanto, aquí no se trata de deslumbrar a nadie —indicó el hombre que había encendido el fuego—. Si el experimento sale bien, tanto mejor.

La joven pelirroja preguntó:

—¿Harás tú de médium, Héloíse?

—Sí.

—¿Y a quién llamaremos?

—Al espíritu que se halle más cerca —propusieron.

—Es cierto, ya veremos qué puede haber por estas tierras. Siendo este caserón tan viejo y además una casa de huéspedes, es posible que aquí hayan ocurrido hechos trágicos.

—¿Hechos de sangre? —preguntó Silvy.

Tan sólo iluminados por el fuego de la chimenea, se sentaron en torno a una mesa circular, dejándola limpia de tazas y platillos.

—Bien —comenzó a decir madame Héloíse—, Que nadie haga broma, vamos a tratar de hacer llegar a un espíritu pero en serio.

—Silencio —pidieron.

Consiguieron concentrarse, unieron sus manos y establecieron el círculo perfecto. Madama Héloíse comenzó:

—Estamos reunidos aquí para hablar con nuestros hermanos los espíritus. Somos gente de paz que desea comunicarse con el más allá, con el más allá,

con el más allá... —repitió, cambiando la voz y haciéndola más teatral.

—Que sea chica —pidió Maurice que siempre pretendía impresionar con su simpatía.

—Ptss —siseó Silvy, conteniendo la risa.

—Espíritus de este lugar, acudid. Seáis quienes seáis, os invocamos...

Tras repetir varias frases de invocación, ahuecando mucho la voz, madame Hélоíse comenzó a temblar.

—¿Viene ya? —preguntó Silvy.

—Ptss —pidió ahora Maurice.

—Silencio —exigió la otra mujer.

—Espíritus, ¿estáis ahí? Si estáis, comunicadlo, comunicadlo...

—Tres golpes es presencia —dijo ahora el marido de la médium y propietario del coche estropeado—. Un golpe, sí; dos, no.

—Ya lo sabrán —musitó Silvy.

El fuego se debilitaba. La madera seca de las sillas rotas se consumía con rapidez, aunque lo cierto era que les había proporcionado calor, empujando el frío y la humedad hacia otros rincones del caserón.

Mas, de pronto, hasta ellos llegó como una ola invisible y gélida que les envolvió, haciéndoles estremecer.

—Se ha abierto la puerta —gruñó el esposo de la médium.

Silvy, que con su mirada dominaba la puerta, exclamó:

—¡Eh, mirad, el espíritu llega físicamente visible!

En la puerta había una mujer joven y alta, con el negro cabello suelto sobre la espalda. Vestía un sudario y su tez era tan pálida como el propio sudario; sin embargo, sus ojos semejaban refulgir.

—Espíritu que acudes a nuestra llamada, dinos, ¿llegas de más allá de la muerte? —preguntó la médium cuyos ojos estaban ahora completamente abiertos.

—Sí —dijo con voz alargada y enronquecida la joven, adelantándose hacia el grupo de espiritistas.

—¿Puedes responder a nuestras preguntas?

—Sí —continuó respondiendo, con voz tan profunda que no semejaba humana.

Silvy inquirió:

—¿Esto es una broma?

—Silencio —pidió el marido de la médium.

Por su parte, Maurice rezongó:

—Pues, está buena, aunque algo paliducha.

—¿Cómo te llamas? —inquirió Héloíse.

—Aurore —contestó, acercándose al grupo que formaba círculo en torno a la mesa redonda.

—¿Estás en paz al otro lado de la muerte?

—No.

—¿Qué es lo que deseas? —preguntó la mujer que actuaba como médium

mientras la estancia se llenaba cada vez más de sombras, ya que el fuego decrecía.

—Eh, si se parece a la mujer del cuadro.

—¿De qué cuadro hablas, Maurice? —preguntó la otra mujer.

—Del que hemos arrojado al fuego. A lo mejor es ella misma.

Aurore alargó su mano y cogió la zurda de Maurice, rompiendo así el círculo. El hombre sonrió, aquello no le pareció nada malo, aunque con un cuchicheo casi confidencial, objetó:

—Tiene los dedos tan fríos que parecen de hielo.

Silvy opinó:

—A mí no me parece un espíritu.

—¡Aaaaaaagh!

El grito proferido por Maurice fue desgarrador, un grito expresión de pánico y dolor.

Cuando se miró la mano, ésta colgaba al extremo del brazo, ya medio amputada. Tendones y músculos se veían cortados y la sangre salpicaba en derredor.

Todos gritaron y se pusieron en pie, aterrorizados.

Aurore tenía la boca manchada en sangre y los ojos encendidos mientras comenzaba a reír diabólicamente.

—¡Está loca, loca! — gritó madame Héloíse.

Aurore se alejó hacia la escalera cuando irrumpían en la Maison des Arbres Albert Renoir y Marie.

—¿Qué ha pasado, quién ha gritado?

—Me muero..., me muero —gimió Maurice, temblando de dolor y de pánico.

—¿Qué ha sido eso? Soy médico, una corbata, en seguida —exigió.

Quitó la corbata al marido de la médium y practicó un torniquete a la víctima al tiempo que decía: —Hay que ¡levarle al hospital para tratar de salvar lo que se pueda. Pero, ¿cómo ha sido esto? Parece una dentellada.

—¡Ha sido ella! —gritó Silvy señalando hacia la escalera por la que apareció tío Bertrand renqueante, abrochándose los pantalones.

—¿Qué pasa aquí, qué es este olor? —gruñó el viajo—. ¿Han encendido la chimenea?

—Tío Bertrand, hay que llevar a este hombre a la clínica ahora mismo.

—¿Qué ha pasado?

—Le ha mordido ella —dijo Silvy.

—Ha dicho que se llamaba Aurore y ha huido por ahí —madame Héloíse señaló la escalera por la que acababa de descender el dueño de la Maison.

Tío Bertrand gruñó:

—Yo no he visto a nadie.

—Se llama Aurore, lo ha dicho ella misma. Es morena y vestía con sudario, me temo que es una loca muy peligrosa.

Marie comenzó a vacilar sobre sus pies y un sudor frío perló su frente.

Cuando Albert quiso interrogarla con la mirada, Marie se desplomó incapaz de resistir más aquella tensión.

CAPITULO VIII

Cuando Marie despertó, una luz suave, que no molestaba, llenaba la estancia.

—¿Se encuentra bien, mademoiselle?

Parpadeó y descubrió a una enfermera.

—¿Dónde estoy?

—En una clínica.

—¿Mental?

—No, no —denegó la enfermera, sonriendo—. El doctor Renoir vendrá de un momento a otro, está en el quirófano.

—¿Quirófano?

—Sí, con el hombre accidentado.

Hizo un esfuerzo por levantarse, mas la enfermera le pidió:

—Aguarde un poco, no tiene prisa. El doctor Renoir vendrá en seguida.

En aquel preciso instante se abrió la puerta y apareció la figura de Albert. La barba daba virilidad y humanidad a su rostro. No era una ciencia fría, sino un ser que se comunicaba. Vestía una bata verde en la que se fijó Marie.

—Ha despertado ahora mismo, doctor.

—Bien, bien, puede dejarme a solas con ella.

—Sí, doctor.

La enfermera se retiró y Albert, tomando una silla, se acercó a la cama, sentándose. Tomó la mano de Marie y apoyó las yemas de sus dedos sobre el pulso de la muchacha, manteniéndose como ensimismado.

—Parece que todo va bien, aunque juraría que tienes la presión baja, sería bueno tomártela.

—No, no, estoy bien.

—Tu desvanecimiento ha durado demasiado tiempo.

—Estaba en tensión, son demasiadas emociones.

—Sí, demasiadas emociones, ya he podido comprobarlo; no obstante, te daremos un revitalizante rápido. Debes cuidarte, Marie.

La joven, como no haciendo caso de lo que decían sobre ella misma, preguntó:

—¿Y el hombre?

—¿Te refieres al de la muñeca mordida?

—Sí.

—Ha sido muy desagradable, no se ha podido hacer nada.

—¿Por su mano?

—Sí, ha habido que amputársela en previsión de una posible gangrena. Estaba destrozada, era como si se la hubieran cortado con un cepo de cazar o algo por el estilo.

—Fue Aurore, ¿verdad?

—¿Aurore? Imposible, ¿por qué te obsesionas con eso?

—Lo dijeron ellos.

—Estaban trastornados. ¿Sabes qué hacían allí en la Maison des Arbres?

—No.

—Nada menos que una sesión de espiritismo. Llegaron con el coche averiado y en vez de irse a dormir, no se les ocurrió otra cosa mejor que entretenerse con una sesión de espiritismo. Estaban alucinados, por lo visto, rompieron sillas y las quemaron, fue como una orgía estúpida.

—Dijeron que era Aurore.

—Sí, eso dijeron. Quemaron el retrato al óleo de la madre de Aurore que estaba colgado en el mesón y debieron pensar que el espíritu del cuadro se vengaba o algo por el estilo. La alucinación colectiva, si se dan las circunstancias apropiadas, es posible, eso está estudiado por la medicina.

—También hay mucho escrito sobre los muertos que no mueren.

—Eso es, en sí mismo, una contradicción; muertos que no mueren, si están muertos ya, ¿cómo no van a morir?

—Albert, tú sabes de lo que hablo. Hay historias a lo largo de toda la civilización de la humanidad que hablan de seres que en apariencia murieron y luego regresaron para hacer el mal, para vengarse y provocar el terror.

—Sí, ya ha leído historias de ésas.

—Albert, tú me has estado preguntando por qué al encontrarte en la calle me he puesto a llorar como una niña aterrorizada.

—Sí, y tú no has querido explicarme la razón.

—Creí que pensarías que estoy loca.

—No, no creo que estés loca, simplemente que la muerte de Aurore, a la que estimabas como a una hermana, te ha provocado un shock.

—¿Recuerdas que te he dicho que Aurore pedía, me pedía —puntualizó— que la sacara de su tumba?

—Sí, y hemos podido comprobar que sólo ha sido una ilusión tuya. Analizada por un psicoanalista, te diría claramente que es un símbolo con el que tú te niegas a aceptar la muerte de Aurore.

—He vuelto al cementerio, Albert, he vuelto —confesó, temblándole los labios.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Sola?

—Sí.

—Ha sido una locura. Eso, en tu estado depresivo, ha debido provocarte un shock difícil de digerir. No se debe jamás desafiar a la mente, es muy peligroso.

—No era un desafío, Albert, no lo era.

—Entonces, ¿qué era?

—Tenía que ir a salvar a Aurore.

—Convéncete de una vez, Aurore está muerta.

—Tenía que comprobarlo.

—¿Y has podido comprobarlo sola en el cementerio?

—Sí.

—¿Cómo?

—Tenía las llaves.

—¿De dónde las has sacado?

—Del despacho de monsieur Bertrand.

—Eso está mal. Tío Bertrand podría denunciarte por robo.

—Lo sé, pero no he podido resistirlo, necesitaba comprobarlo.

—Está bien —suspiró—, devolveremos las llaves.

—Albert, ¿es que no quieres escuchar?

—Te estoy escuchando.

—He visto a Aurore.

—Muerta, claro.

—Ha escapado de su tumba.

—No es posible. Eso lo has debido imaginar cuando estabas sola en el cementerio. Es terrible la capacidad de imaginación fantástica que tiene el ser humano en una situación como la que tú has pasado en el cementerio.

—Ha escapado, Albert. Debes creerme, ha escapado. Yo he querido retenerla y no he podido, se ha escapado. Es como si hubiera abierto la puerta de su encierro a un pájaro y ha echado a volar.

—¿Como una bruja?

—Pues, no sé, no sé... —Suspiró y ladeó la cabeza, evitando mirar al hombre—. Pensarás que estoy loca, pero Aurore ha escapado y esas personas, los espiritistas, la han visto, ya no soy yo sola.

—De modo que tú crees que está viva.

—No —respondió sin mirarle.

—Cada vez te entiendo menos... Por favor, Marie, razona un poco sobre lo que estás diciendo.

—Es tan incomprensible que yo misma pienso que me he vuelto loca; es lógico que tú opines igual.

—Estás influida por la lectura de aquel libro de magia negra, demonología, brujería, etcétera.

—Sé que te parece absurdo lo que te he dicho, pero es así. Yo había llegado a creer que Aurore estaba viva, como en un estado de catalepsia.

—Ha pasado casi un mes, Marie.

—Lo sé, pero al verla salir del ataúd como lo ha hecho, lo he comprendido.

—¿El qué?

—Que Aurore estaba muerta.

—¿No dices que se ha levantado? ¿Te das cuenta del absurdo, de la contradicción de tus palabras?

—Está muerta pero como viva. Aurore es ahora un ser infernal, y yo la he dejado escapar de su encierro.

—No puedes creer en esas historias de seres infernales, Marie, no eres ninguna niña.

—Ya no puedo dudar, Albert. Aurore es un ser infernal que ha escapado de su encierro y que hará daño, no sé cómo pero lo hará. Ya ves, lo primero que ha hecho es arrancar a dentelladas la mano a un hombre.

—Ha de haber otra explicación.

—No la hay.

—Verás como la encontraremos.

—Albert, ¿sabes tú lo que le ocurrió a Aurore cuando estuvo perdida?

—Dicen que fue asaltada por un vagabundo.

—Yo tengo una carta.

—¿De Aurore?

—Sí.

—¿Y qué te decía en ella?

—Me contó parte de lo que sucedió.

—¿Y qué fue?

—Al principio no lo había entendido, pero ahora empiezo a comprender algunas cosas. Aurore debió tener contacto con algún ser infernal, no sé cómo decirlo pero es algo así.

—¿Te contó ella eso?

Marie miró hacia la mesita.

—Mi bolso.

Albert se lo entregó y ella lo abrió. De su interior sacó un sobre que entregó al joven médico.

—Léela tú mismo.

—Está bien.

Tomó la carta, la desdobló y la leyó. Cuando hubo concluido su lectura, buscó los ojos de Marie, unos ojos que estaban fijos en los suyos.

—Debió de pasarle algo para escribir esta carta.

—¿Qué quieres decir?

—Tenía que estar enajenada y comprendo que tú estés sugestionada por esta carta que ella te envió y más al llegar aquí y enterarte de la muerte de Aurore.

—¿Sigues pensando que no es cierto todo lo que te digo?

—Creo que todo esto aparece como muy misterioso, pero que debe de tener una explicación. Mañana regresaremos en mi coche, sólo estamos a dieciocho kilómetros de la villa.

—Sí, es mejor no volver de noche, ahora tengo miedo.

—No temas. Verás como todo es producto de una fantasía desorbitada por un cúmulo de circunstancias desgraciadas.

—Estoy segura de que no es así. Albert, ya te convencerás de ello. Hasta que Aurore no regrese a su ataúd y quede encerrada allí para siempre, no habrá paz. No bastará con poner la llave, habrá que clavetear la caja.

—Bueno, ahora harás bien en dormir. Serás buena niña, te tomarás una pastillita y mañana te sentirás mucho mejor.

—Un momento. Albert.

—¿Sí? —preguntó, mientras llenaba el vaso de la mesita con la jarra de agua que allí había.

—¿Qué sabes tú del torreón?

—¿De qué torreón?

—Del que habla Aurore en su carta.

—Ignoro de qué torreón se trata, jamás he oído hablar de él.

El día había amanecido con un sol tan tibio que aparecía y desaparecía casi si hacerse notar. El cielo era grisáceo.

Albert conducía el automóvil sin prisas. Marie, a su lado, viajaba en silencio, pero parecía encontrarse mejor. Dormir le había hecho bien; sin embargo, sus opiniones no habían cambiado.

Al llegar al pueblo, ya junto al mesón, descubrieron a dos coches policiales y un grupo de hombres armados con escopetas y que sujetaban con cadenas la traílla de perros que ladraban ruidosamente.

—Deben tratar de buscar a quien mordió al huésped del mesón.

Se detuvo junto a uno de los coches policiales. Albert demostró conocer a los agentes de la ley.

—¿Han encontrado a la bestia que mordió a aquel hombre?

—No —contestó el comisario local—. ¿Cómo está ese hombre?

—Ha perdido la mano, desgraciadamente.

—Comprendo, pero eso no es lo más trágico.

—¿Ah, no? —inquirió Albert Renoir cuando ya Marie se había colocado a su lado.

—No, la bestia ha vuelto a dar señales de su ferocidad.

Con un hilo de voz, Marie preguntó:

—¿Cómo?

—Mademoiselle Hoi, la chica vietnamita que trabajaba para el mesón, ha sido la nueva víctima.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han descubierto su velomotor, debió sufrir un pequeño accidente que la hizo caer.

—¿Ha muerto?

—Desgraciadamente, sí. La fiera se ha ensañado con ella, la ha destrozado y también ha devorado parte de la pobre muchacha.

—¿Devorado? —inquirió Mari ahogadamente.

—Sí, devorado. Es una bestia que parece tener hambre, lo que no entiendo es cómo los espiritistas pudieron confundir a una bestia salvaje con una mujer hermosa?

—¿Y si fuera una mujer?

—Eso es imposible, mademoiselle. No hay mujer que tenga una fuerza semejante en sus mandíbulas.

—Pero, ¿la forma de los dientes...?

—De eso se encargarán los forenses —dijo el comisario, evasivo.

—¿Y las huellas?

—¿De qué huellas habla, mademoiselle?

—Si era una bestia, ha debido dejar sus huellas en la tierra.

—Es posible, pero como ha acudido todo el pueblo para ver lo ocurrido a esa desgraciada... Cuando hemos llegado nosotros, ya había tantas huellas que es imposible descubrir unas huellas concretas. No obstante, están rastreando la zona y un grupo de! pueblo ha decido salir de cacería por si encuentran a la bestia, poder rematarla.

—¿Y qué clase de alimaña puede ser? —preguntó Albert Renoir.

—No lo sabemos todavía. Podría ser un lobo, un oso o también un jabalí. Hay jabalíes que tienen muy mala sangre y como son omnívoros, es decir, que pueden comer de todo, podría ser uno de ellos. Al encontrar a mademoiselle Hoi en el suelo, la ha destrozado y ha comido del cadáver.

—Suerte, comisario, a ver si encuentran pronto a esa fiera.

Albert Renoir intercambió frases con otras gentes del pueblo poco antes de que el grupo armado con escopetas y llevando a perros para rastrear, se pusiera en marcha a la búsqueda de la singular fiera; la policía no daba valor alguno a las manifestaciones de los espiritistas, pues los consideraban unos alucinados.

—¿Qué dices ahora, Albert? —siseó Marie.

—No puedo decir mucho, es tan trágico todo esto; pero, será mejor que tú no digas nada. Si cuentas que una muerta va por ahí devorando a personas ya cadáveres, se creará una situación de pánico.

CAPITULO IX

Madame Béatrice era una anciana pequeña, enjuta, poca cosa físicamente pero fuerte y llena de vitalidad, encantadora cuando creía que debía serlo.

Al principio, observó a Marie con cierto recelo. Más que abuela, se sentía tutora de Albert Renoir, su nieto y heredero de una casa antigua y unos terrenos que ya tenían escaso valor.

—De modo que tú eres Marie...

—Así es, madame.

—Albert me ha hablado mucho de ti.

—¿Mucho? —preguntó la muchacha, mirando a Albert significativamente.

El hombre carraspeó.

—Te he mencionado.

—¿Eras muy amiga de Aurore?

—Sí, madame.

—¿Estudiasteis juntas?

—Sí, madame.

—¿Siempre dices «sí, madame»?

—Sí, madame... Cuando debo responder sí.

—Hum, abuela, no irás a someterla al tercer grado, ¿verdad?

—No, por Dios. Han ocurrido sucesos muy graves. ¿Habéis oído lo de Hoi?

—Sí, hemos visto a la policía.

—Es horrible, qué cosas pasan hoy día.

—¿No había ocurrido nunca nada parecido?

A la pregunta de Marie, la abuela de Albert respondió:

—Bueno, siempre han ocurrido sucesos trágicos, pero es preferible hablar de otras cosas. Te quedarás a comer aquí, no es bueno que regreses ahora a la Maison des Arbres.

—La cena también la hará aquí —puntualizó Albert.

—Pero a dormir no te quedarás —dijo la abuela. Ya menos tajante, tratando de ser convincente, añadió—: No sería correcto que durmieras en una casa donde hay un hombre soltero como Albert.

—Naturalmente, madame, he de tener mucho cuidado. Albert podría violarme durante el sueño —rezongó Marie, socarrona.

—¿Qué dices, hija mía?

—Abuela, ha sido una broma.

—¿Tú serías capaz de una salvajada tan, tan...? —se interrumpió como si no hallara el calificativo adecuado.

—Bueno, viendo lo bonita que es Marie, pues...

—Esta juventud de ahora es intratable, sois unos irresponsables; sin embargo, estoy segura de que Albert no se atrevería a hacer una cosa semejante jamás.

—Yo, por si acaso, cerraría la puerta con llave, es mejor no fiarse de nadie y su nieto tiene unos ojos llenos de picardía. ¿No se había fijado?

—Claro que me he fijado —dijo rotunda madame Béatrice—, son los ojos de su abuelo.

—¿Y mi abuelo llamó a tu puerta por la noche?

—Albert, eres, eres... —Cogió a Marie por el brazo, llevándosela—, Hija mía, vente conmigo. Las mujeres somos las eternas víctimas de los hombres que siempre están pensando en lo mismo.

—Yo tengo que irme, voy a ver cómo va todo. Es posible que se cometa alguna torpeza que termine en accidente de sangre y quiero estar cerca del doctor Delapierre por si precisa ayuda.

—Vete, vete, Marie y yo hablaremos.

—¿De mí?

—¿De ti? Qué pretencioso.

Albert Renoir abandonó la casa y Marie comenzó a saborear el encanto de aquella anciana menuda y delgada, de gran movilidad y vitalidad pese a sus años.

Estuvieron charlando y le hizo preguntas que Marie respondió sin problemas, ya que le parecieron cargadas.de gran ingenuidad.

—Te enseñaré las fotos de la familia.

Marie se resignó, hasta llegó a pensar que resultaría divertido ver al joven y varonil Albert Renoir en pantalones cortos.

—A ver si adivinas quién es este niño...

—¿Albert?

La anciana se rió abiertamente.

—Pues no, es su padre, mi hijo Albert que Dios tenga en su gloria.

—¿Y este bebé que muestra tan hermoso culito?

—Ese sí es mi nieto Albert.

—Pues era muy mono —se rió Marie.

—Si se entera de que te he enseñado este retrato, a lo peor no vuelve a visitarme jamás. Tú no se lo digas, será un secreto entre las dos.

—De acuerdo, madame Béatrice, es nuestro secreto.

—Llámame abuela, todos me llaman abuela Béatrice y a mí me gusta. ¿De qué serviría querer aparentar diez años menos con el pelo y la cara que tengo?

Estirándose un poco el blanco cabello, se echó a reír graciosamente. Marie pensó que aquella mujer, en su juventud, debía haber sido también muy alegre.

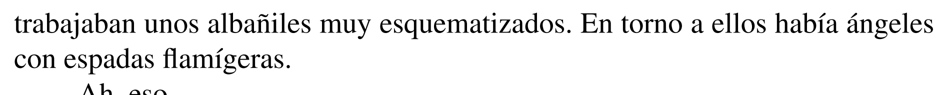
Le fue mostrando muchas cosas, ya no eran fotografías sino múltiples recuerdos.

De pronto, Marie reparó en un dibujo o grabado que había en una hoja muy amarillenta.

—¿Qué es esto, abuela Béatrice?

—¿El qué?

Marie le mostró el dibujo en el que se veía una especie de torreón en el que


trabajaban unos albañiles muy esquematizados. En torno a ellos había ángeles con espadas flamígeras.

—Ah, eso.

—Sí, ¿qué es? —preguntó Marie, vivamente interesada.

—Es una leyenda muy antigua.

—¿De qué se trata?

—Esa es la torre de Leviatán.

—¿La torre de Leviatán?

—Sí, han pasado siglos de eso, es una leyenda que se ha ido olvidando. Los jóvenes no la conocen y los viejos preferimos no hablar de ello para que llegue a olvidarse.

—¿Esa torre existe?

—Yo no la he visto jamás.

—Pero, existe —insistió Marie.

—Nadie me ha dicho que la hayan visto.

—¿Y usted cree que existe? —insistió de nuevo la joven.

—Sí, sí existe.

—¿Dónde está?

—Prefiero no decírtelo.

—¿Por qué?

—Porque con las cosas del demonio es mejor no jugar.

Marie miró de nuevo el grabado.

—¿Cómo es que lo tiene?

—Alguien de mi familia lo arrancó de alguna parte.

—¿Y usted conoce la leyenda?

—Sí, un poco, pienso que terminará por olvidarse.

—Cuénteme lo que sepa, por favor.

—¿Tanto te interesa?

—Sí, se lo ruego.

—Bien, pues hace siglos, no se sabe cuántos, las brujas proliferaron por estos contornos y se supuso que celebraban aquelarres. Ocurrieron crímenes horrendos y desaparecieron niños que se dijo fueron devorados por las brujas en sus fiestas satánicas que eran presididas por Leviatán, encarnado en un monstruo horrible al que las brujas se sometían. Muchas mujeres ingenuas y buenas caían en sus garras y se convertían en brujas para adorarle hasta que el pueblo suplicó ayuda a Dios y una noche descendieron los ángeles. Cuenta la leyenda que todos los hombres se dirigieron al bosque donde se celebraba el aquelarre y capturaron a las brujas que allí había; bueno, no hagas mucho caso, es sólo una leyenda.

—Por favor, siga.

—Cuenta la leyenda que Leviatán, al verse rodeado por los hombres protegidos por los ángeles con sus espadas flamígeras como aquí ves en el grabado, hizo un gran hoyo en la tierra y desapareció dentro de él. Para que no volviera a salir jamás, construyeron la torre que tapaba el agujero.

—¿Esa es la leyenda?

—Sí, a las brujas se las llevaron a París y de la torre ya nadie más quiso hablar.

—¿Y dónde está el bosque de los aquelarres?

—Detrás del cementerio. Es un bosque que pertenece al estado y al que ni los cazadores van porque los animalitos no quieren vivir en él.

—Usted no creerá que allí está el diablo Leviatán, ¿verdad?

—Yo no creo ni dejo de creer, pero no me gustaría encontrarme sola en ese lugar pese a que la torre impide la salida del diablo. No olvides, muchacha, que la iglesia admite la existencia del diablo.

—¿Y qué podía dar ese diablo a las jóvenes que se convertían en brujas?

—¿Darles?

—Sí, sí no les daba nada, ¿por qué someterse a él?

—Tienes razón, hija. Supongo que les daría lo que ellas le pidieran, pero no quiero hablar más de eso, son historias de concupiscencia.

Marie no quiso forzar más a la anciana para que hablara, pero ella ya tenía un lugar concreto adonde dirigirse.

Aquella torre no podía ser otra que el torreón del que le hablaba Aurore en su desesperada carta, un torreón cuya existencia parecía ignorar la propia Aurore.

—No han encontrado nada —dijo Albert cuando llegó aquel mediodía para almorzar.

—Pero, ¿saben qué clase de bestia es?

—No; sin embargo...

—No te calles, Albert —le pidió la abuela, viendo que su nieto miraba a los ojos de Marie.

—Yo he observado la forma de las dentelladas en el cuerpo medio devorado de la pobre Hoi.

—¿Y qué has descubierto? —insistió la anciana mientras Marie observaba al hombre con mucha atención.

—Parece tener la forma de una mandíbula humana.

—¿Ya no tienes duda? —le preguntó Marie.

—Sin embargo —objetó Albert— no existe mandíbula humana capaz de desarrollar una fuerza semejante a la que ha demostrado esa fiera.

—Hay que protegerse contra las alimañas, Albert.

—Sí, abuela.

—Deberías coger la escopeta de tu abuelo y salir con los demás a darle caza.

—Ya sabes que yo no soy cazador, abuela.

—Por lo visto, a ti sólo te gusta cazar a jovencitas buenas, bonitas e ingenuas como Marie.

CAPITULO X

—Te he traído tu maleta —le dijo Albert.

—¿Mi maleta? —preguntó Marie, perpleja.

—Sí, vas a pasar la noche aquí.

—Tu abuela ha dicho que eso no podía ser.

—Ya la convenceré.

—No quiero ser motivo de disgusto para ella.

—Marie, sé que no quieres marcharte hasta ver la solución de todo esto, y después de lo ocurrido con la mano amputada del espiritista, no voy a consentir que vuelvas a la Maison des Arbres.

—¿Temes que me quede a solas con el tío Bertrand?

—Sí, los espiritistas se han marchado y la policía vigila, pero no es bueno salir esta noche de las casas. Pueden confundirte con la supuesta alimaña carnicera que buscan y acabar lleno de plomo. Los agentes han exigido que todos permanezcan en sus casas durante la noche, que ya vigilarán ellos con sus metralletas.

—¿Me pides que me quede en una habitación y que no salga?

—Exactamente.

—¿Y tú piensas salir?

—No, a menos que requieran mi ayuda.

—¿Como médico?

—Eso es

Después de todo lo que Albert le contó a su abuela, ésta accedió a que Marie pernoctara en la casa y le destinaron una habitación con cerradura.

La joven estuvo a punto de contarle a Albert lo que ya sabía acerca de la torre de Leviatán, levantada en un claro del bosque donde la leyenda aseguraba que se habían celebrado los aquelarres, el lugar donde el diablo había desaparecido en un agujero de la tierra y en torno al cual se había levantado el torreón hermético para que no pudiera escapar, mas se contuvo. Le había contado ya demasiadas cosas fantásticas y al final podía tomarla por una demente alucinada.

—Dame las llaves —le pidió Albert en voz baja.

—¿Qué llave?

—Las del ataúd de Aurore.

Marie vaciló y al fin dijo:

—No.

—¿Por qué?

Puso una sonrisa irónica en su boca.

—No quiero que vayas solo al cementerio, tú has dicho que podrían dispararte.

—¿Temes que me disparen o que me muerdan?

—Aurore no ha podido regresar al interior de su ataúd que está cerrado,

porque yo lo cerré, de modo que si deseas comprobar todo lo que te he contado, podemos ir por la mañana juntos al cementerio.

—¿Mañana por la mañana?

—Sí. Como tú mismo dices, de día las cosas se ven de distinta forma.

—¿Sabes que si alguien descubre que el cuerpo de Aurore no está en su ataúd pueden acusarte de robar un cadáver?

—¿Yo robar un cadáver, cómo iba a poder con un cadáver?

—Siempre podrían alegar que lo arrastraste de alguna forma, con un carretillo, por ejemplo.

—¿Bromeas?

—No, no bromeo. ¿Sabes que un psiquíatra podría decir que una acción semejante podría ser llevada a cabo sin que la autora recordara nada luego? Ten en cuenta que te desmayaste en la Maison des Arbres.

—Lo que tú quieres decir es que un buen psiquiatra podría demostrar ante un tribunal que soy una esquizofrénica de atar...

—Más o menos.

Ya muy molesta, Marie inquirió:

—¿Eso es lo que tú piensas?

—Olvídate de lo que yo piense. Si tú has hurtado las llaves del panteón y del ataúd y luego el cadáver de Aurore no aparece, nadie va a creer que se ha marchado por su cuenta.

—Pero tú ya empiezas a creer que Aurore no está en su ataúd...

Albert quedó en suspenso; al final, dijo:

—Creo que dices la verdad; sin embargo debo comprobarlo.

—¿Para qué, para determinar si estoy loca?

* * *

—¡Rosalie, Rosalie!

La esposa del ferroviario llamaba a su hija pequeña que se había alejado de la estación.

La niña, como solía hacer y debido a la casi completa soledad en que vivía con su familia en la estación ferroviaria, a dos kilómetros de distancia del pueblo, había tomado su pequeña bicicleta y pedaleando se alejó por la estrecha carretera.

Se salió por un camino de tierra utilizado por agricultores y continuó pedaleando por él.

Mientras avanzaba y según las circunstancias accidentadas del terreno por el que rodaba, la niña simulaba con la boca los ruidos propios de ¡as motocicletas que ella había visto y oído.

Rosalie, acostumbrada a los juegos en soledad, no parecía dar ninguna importancia a hallarse pedaleando sola por el campo, cerca del pequeño lago donde se encharcaban las aguas que brotaban de las termas, un lago en el que, curiosamente, en pleno invierno solía haber una vegetación que en otros

lugares desaparecía y ello se debía a la superior temperatura de aquellas aguas estancadas.

La niebla se había levantado y en aquel lugar había más que en otros.

Al pasar junto al pequeño lago, la rueda delantera de la bicicleta se hundió en el barrizal y por tal causa, la niña se ladeó, cayendo al agua.

Rosalie comenzó a chapotear, no sabía nadar.

En aquel pueblo no había ninguna piscina donde la niña hubiese aprendido y atreverse a tomar un baño en aquel lago cenagoso, de aguas templadas, era una locura, especialmente porque su fondo era un fangal.

Tocar fondo era hundirse en él, de tal forma que los movimientos de las extremidades quedaban impedidos y en las épocas de sequía en que el lago se medio secaba, se convertía en una ciénaga movediza tan letífera como una puñalada a traición.

El chapoteo de la niña era patético. Salpicaba agua y barro negruzco en torno suyo y cuando trataba de abrir la boca para gritar, se le llenaba de agua sucia.

Junto a la orilla, no lejos de donde quedara la pequeña bicicleta clavada y tumbada, había una mujer vestida con un sudario. El color de su rostro era tan pálido como la luna.

En su boca había una sonrisa de maligna satisfacción mientras sus ojos no perdían de vista el desesperado chapoteo de la niña que trataba de escapar a la muerte y que no tenía adonde agarrarse para salir de la ciénaga.

Aurore no se movía de donde estaba; aguardaba el desenlace fatal que no tardaría en producirse, ya que la pequeña Rosalie fue perdiendo fuerzas hasta dejar de chapotear.

CAPITULO XI

—¡Aurore, Aurore, regresa al sepulcro, por favor, regresa!

Aurore se alejaba de Marie riéndose a carcajadas, carcajadas diabólicas que herían a Marie, dañándola.

—¡Te lo suplico, Aurore, regresa al sepulcro! —gritaba, corriendo entre la espesura del bosque, mientras la figura macabra de Aurore, vestida con su sudario, se alejaba casi volando, sin tocar el suelo con sus pies.

Marie despertó bruscamente y se incorporó, quedando sentada en la cama.

Miró hacia la ventana, el día había nacido. La luz del sol, tamizada por las nubes que se resistían a dejar limpio el cielo, se filtraba a través de los resquicios de la ventana.

Se tocó la frente, dándose cuenta de que sudaba.

—Ha sido una pesadilla —musitó.

Marie era la única persona que sabía que Aurore vagaba suelta evadida de su sepulcro. Albert Renoir también lo sabía, pero no estaba convencido de ello, debía serle más cómodo creer que Marie era una alucinada.

Se tranquilizó, recordó que estaba en la casa de madame Béatrice; había dormido allí, lejos de la Maison des Arbres.

La doncella que se ocupaba de la anciana preparó el desayuno de Marie.

Madame Béatrice apareció muy excitada.

—¡Es horrible, horrible!

—¿El qué es horrible? —preguntó Marie, intrigada.

—Ya te lo contará Albert.

—¿Dónde está él?

—Ha ido a la estación, es algo horrible.

—Pero, ¿qué es horrible? ¿Han capturado ya a...? —se contuvo.

—No, no, que va. Ha sido espeluznante... Ya te contará Albert, están pasando cosas terribles.

No consiguió sacarle nada más y la doncella tampoco dijo nada, quizás por temor a perder el empleo en aquella casa donde debía ser bien tratada y el trabajo de cuidar a una anciana tan vital sería poco.

Alargó el desayuno, y como Albert no aparecía aún por la casa, Marie decidió ir a visitar a tío Bertrand en su Maison des Arbres. Era de día y los riesgos serían mínimos de ser atacada, aunque fuera por los hombres nerviosos que con escopetas cargadas y perros buscaban a la supuesta bestia.

Vio a un coche de la policía y a un gendarme de uniforme junto a él, por lo que dedujo que debían seguir investigando. La amputación de la mano de un espiritista era una cosa, pero la muerte de Hoi había aumentado la gravedad de los hechos.

La Maison des Arbres semejaba desierta, no había nadie frente a ella y la puerta parecía cerrada. Marie subió al atrio y llamó con la aldaba.

Al no obtener respuesta, probó a abrir la puerta, deseaba hablar con tío

Bertrand.

Después de las pesadillas que había tenido, debía contarle a aquel hombre que le había hurtado las llaves de la tumba de la familia, que había abierto el ataúd de Aurore y ella había escapado.

Se sentía culpable y tenía que confesarlo al que suponía el más perjudicado que era el tío Bertrand; él era el representante vivo de los Boiser.

No tuvo ninguna dificultad para entrar en la casa, le bastó empujar la puerta para que cediera.

—Monsieur Bertrand, monsieur Bertrand —llamó.

Pensó que el viejo podía haber salido; sin embargo, le llamó la atención un resquicio de luz.

Se introdujo en el corredor y la luz se hizo más visible debido a la carencia de ventanas de aquel pasillo. La estancia iluminada era el pequeño despacho que ella ya conocía y al asomarse a él, descubrió al anciano cojo.

Bertrand Boiser, sentado en su butaca, tenía los ojos abiertos y la mirada perdida. Estaba como ausente, pero lo que más destacaba en él era que, de pronto, todo su cabello se había vuelto blanco y erizado. El viejo era la viva expresión del terror.

—Monsieur Bertrand, ¿me oye, me oye? —insistió Marie.

El hombre parpadeaba lentamente. Estaba vivo, no cabía duda, pero era víctima de un shock psicotraumático.

—¿Qué le he pasado, monsieur Bertrand? ¡Dígalo, dígalo!

No respondía, era como si su mente estuviera en otro mundo y nada pudiera hacer por regresar.

Le pasó las manos varias veces por delante de los ojos; él no pareció verla.

—Tiene que reaccionar, monsieur Bertrand, tiene que hacerlo, se lo suplico.

Los intentos de Marie por recuperarle no dieron resultado y, desalentada, como sin fuerzas, abandonó el mesón.

Ya en el exterior, tuvo que apoyarse en una columna que sostenía el techo del atrio.

Había dormido toda la noche pero torturada por las pesadillas y ahora descubría a tío Bertrand en aquella dramática situación y a ella no le cabía duda alguna de que era porque se le había aparecido su sobrina, un cadáver, un cadáver viviente, posiblemente con el rostro manchado de sangre.

Regresó a la casa de madame Béatrice. Esta le dijo:

—Albert no ha vuelto aún.

—Cuando regrese, dígale que tengo algo muy urgente que contarle.

—¿Y de qué se trata?

Marie, acordándose de que la anciana no había querido contarle lo ocurrido y que le parecía tan horrible, llevó a cabo la pequeña venganza de no decirle lo que quería contarle a Albert.

—Se lo diré a él, es cosa de médicos.

La anciana quiso preguntar más, espoleada por la curiosidad, pero ya

Marie se alejaba de un posible interrogatorio.

De pronto, no supo adónde dirigirse.

Se dijo que no podía acudir a la policía sin hablar antes con Albert Renoir. Se exponía a que la detuvieran por el hurto de las llaves y la violación de la tumba.

Pensó en la estación del ferrocarril, pero le pareció que estaba demasiado lejos y optó por dirigirse al cementerio. Así lo hizo, palpando la soledad de aquel tétrico lugar.

Sin embargo, no se acercó a la verja de entrada, sino que se introdujo por un pequeño sendero, comido por las plantas silvestres y que rodeaba el muro del recinto.

Sabía que estaba buscando el torreón de Leviatán, el maligno diablo de la leyenda que convertía a las mujeres que se acercaban a él en perversas brujas que luego participaban en los aquelarres, un torreón del que Aurore le había hablado y también madame Béatrice.

Se encontró con un espeso bosque que no parecía cuidado por nadie, no se desbrozaba en absoluto.

Miaaaauuuu...

Miró en torno y descubrió el gato que le había sobresaltado con su maullido.

Le pareció reconocer aquella cabeza, era el gato pardo que asomara por el agujero del muro que circundaba el cementerio. De pronto, observó otra cosa.

—Cojo...

En efecto, aquel gato era cojo y en su carta Aurore le hablaba de un gato cojo al que había seguido por el siniestro bosque donde según madame Béatrice, no se refugiaban ni los animales. Aquel gato debía ser la excepción.

Siguió al extraño felino que avanzó sin prisas entre los árboles, mirando de vez en cuando hacia atrás como para comprobar que la mujer le seguía.

Marie tuvo la impresión de que aquel camino era como una suave pendiente por la que se deslizaba sin esfuerzo, era incluso agradable y no sentía el más minino deseo de retroceder.

—El torreón de Leviatán...

Lo tenía ante ella, aunque unos árboles muy altos no se lo dejaban ver con absoluta claridad. A distancia, aquellos árboles ocultaban la edificación maldita.

El gato siguió avanzando y Marie también, pero ésta se detuvo junto a los últimos árboles que había ya frente al torreón. Prefirió mantenerse a distancia.

Observó que, tal como describiera Aurore en su desesperada carta, el torreón octogonal carecía de ventanas y tenía una puerta que aun a cierta distancia, se adivinaba muy recia.

Sin duda alguna, aquél era el torreón de la leyenda y nadie en el pueblo parecía tener interés alguno en derribar su puerta y ver lo que guardaba en su interior.

Avanzó un paso, como sintiéndose atraída hacia la puerta del siniestro

torreón; más recordando la carta de Aurore, se detuvo.

Ella ya estaba sobreaviso, sabía lo que podía pasarle si llegaba hasta la puerta y la tocaba. Por ello, se mantuvo a distancia pese a que sentía algo poderoso que la empujaba hacia la entrada del torreón.

Buscó al gato cojo y ya no lo vio; no obstante, tuvo la impresión de que no estaba sola.

—¡Marie, Marie!

Quedó en suspenso.

—¡Aurore, Aurore! ¿Eres tú!

—Sí, Marie. Ven, acércate.

—¿Adónde?

—A la puerta. Ven, Marie, ven.

La voz era fuertemente convincente pese a que parecía llegar de muy lejos.

—No, no, Aurore, sal tú,

—No puedo ahora, Aurore. Acércate, tengo que contarte muchas cosas, acércate.

—No, Aurore. Tú me dijiste que esa puerta...

—Olvídalo, Marie. Acércate y conocerás la felicidad.

—¿Como tú?

Se escuchó una carcajada lejana, como filtrada a través de los resquicios imperceptibles de la piedra.

—¡Aurore. Aurore! ¿Eres una bruja?

La carcajada persistió, más hiriente y temblorosa a la vez.

El miedo agitó el cuerpo frágil de Marie que estaba propensa a sufrirlo debido a todo lo que le estaba sucediendo.

Hubiérase dicho que le había clavado los pies al suelo; sin embargo, estaba deseando huir de aquel lugar.

Al fin, en una brusca y casi violenta reacción, echó a correr entre los árboles que la hirieron con sus ramas. El camino no era ahora tan fácil ni cómodo, se había perdido en aquel bosque desconocido.

De pronto, de detrás de un arbusto surgió una sombra que le cortó el paso. La cabeza semejó darle vueltas cuando unos colmillos se abrieron amenazadores delante de ella.

CAPITULO XII

Todavía le temblaban los labios cuando Albert le explicó:

—Tranquilízate, sólo era uno de los hombres del pueblo con su perro. Todos están buscando a la bestia.

—Por favor, Albert, llévame al tren. Quiero marcharme, quiero huir de aquí.

—No, no, ahora no puedes marcharte.

—¿Por qué?

—Te necesito.

—¿Tú? —preguntó Marie, incrédula.

—Sí, hay que esclarecer todo esto de una condenada vez.

—¿Por qué dices eso, si no me crees?

—Es tan absurdo todo que parece increíble.

—Lo diabólico siempre parece absurdo.

—¿De veras estás segura de lo que dices?

—¿Qué es lo que me preguntas en realidad, Albert? —Ya me entiendes, si Aurore escapó de su tumba.

—Sí.

—Habrá que comprobarlo, pero sin llamar la atención. —Pues yo ya tengo ganas de gritarlo.

—Deberás contenerte, máxime después de lo que ha pasado.

—¿Vas a contarme lo que tu abuela no ha querido explicarme y que, según ella, ha sido horrible?

—Sí.

—Bien, ¿qué es?

Marie se mostraba fríamente inquisitiva. Había dejado de temblar y parecía como dispuesta a soportar los hechos más horrendos que pudieran contarle.

—Se trata de una niña.

—¿De qué niña hablas?

—De Rosalie, todo el pueblo la conocía. Era una niña de unos siete años, la hija del jefe de la estación.

—¿Y qué ha ocurrido con ella?

—Había desaparecido.

—¿La han encontrado?

—Por desgracia, sí.

—¿Quieres decir que hubiera sido mejor no encontrarla?

—En las circunstancias en que la han hallado, creo que sí —admitió el hombre con un suspiro de pesar.

—¿Por qué?

—Tras varias horas buscándola, descubrieron su bicicleta. Estaba junto al pantano, aquí le llaman lago. Es un lugar muy malo, la bicicleta estaba medio hundida en el lodazal.

—¿Y la niña?

—La han encontrado cerca, entre unas matas. Ha sido horrible, la policía está sobre el asunto. La pequeña ha sido medio devorada.

—¿Devorada? —repitió con un gemido.

—Sí, la autopsia de sus restos lo determinará con bastante precisión pero yo, ya por encima, diría que se ahogó primero y luego su cadáver fue sacado del lago por una bestia carroñera que ha devorado parte del cuerpo. Es evidente que sus mandíbulas son muy fuertes, fuera de lo normal. No ha consumido mucho del cuerpo, pero ha comido. Parece que esa bestia disfruta ensañándose con los cadáveres.

—¿Lo mismo que con Hoi?

—Sí, pero ahora ha sido una niña, un ser totalmente indefenso. Ello me hace suponer que Hoi sufrió un accidente y luego, ya en el suelo, pudo morir. Todos piensan en una alimaña, aunque ya se sabe que la mandíbula corresponde a un ser humano, por lo que algunos también creen que hay un loco suelto por los alrededores. La policía le busca y también varios vecinos del pueblo que utilizando su licencia de caza como pretexto legal, se dedican a recorrer los alrededores y tú has sido sorprendida por uno de ellos. No has debido ir sola al bosque, podían haberte matado.

—Quizá hubiera sido mejor así. Me siento responsable de lo que ocurre.

—Si todo es como lo cuentas, tú sólo pretendías ayudar a tu amiga, de modo que no te tortures. Por cierto, la abuela Béatrice me ha dicho que tú tenías algo importante que contarme.

—Sí.

Albert Renoir la miró inquieto, muy preocupado. Sus ojos sagaces buscaban la verdad en los de la joven atormentada por todos los sucesos sangrientos de los que se consideraba culpable.

—Se trata de tío Bertrand.

—¿Qué le ha sucedido?

—Está en la Maison des Arbres.

—¿Se siente mal?

—Sí.

—¿Ha sido atacado? —preguntó, ya en pie, dispuesto a actuar en ayuda del vecino.

—Creo que se ha vuelto loco.

—Loco, ¿estás segura?,

—Su pelo se ha vuelto blanco y sus ojos están abiertos, pero no ve nada. Es como si se hubiera convertido en una estatua viviente. Yo diría que vio algo que le causó tal horror que se quedó así.

—Hay que ir a verle. ¿Estás bien para acompañarme?

—Sí, te acompañaré, pero te lo suplico, ayúdame a escapar de esto.

—Ahora no escaparías si no se solucionara todo, si ese ser malvado que devora cadáveres no es detenido.

—También da dentelladas a los vivos, no olvides la mano del espiritista.

—Sí, la mano amputada es algo muy trágico y lo malo es que ellos dicen que fue una mujer; claro está que tío Bertrand los acusó de quemarle los muebles. No se daba demasiado crédito a lo que dijeron sobre que fueron atacados por una mujer que vestía sudario; sin embargo ahora, después de los últimos hechos ocurridos, la policía ya está buscando a una mujer.

—Pero no a una muerta.

—Cierto, no a una muerta y me han preguntado por ti.

—¿Por mí?

—Sí. Los espiritistas, gracias a Dios, no la han reconocido como a la atacante. Además, esta noche has estado en mi casa y puedo decirte que durante la noche, la casa ha estado cerrada con llave. Aunque hubieras deseado salir, no lo habrías conseguido, mi abuela tampoco.

—¿Nos has encerrado?

—Lo he creído conveniente.

—¿Tenías miedo de que fuéramos atacadas?

—Era una posibilidad.

—¿Abuela Béatrice sabe o intuye algo?

—Es más lista de lo que supones.

—¿Por qué lo dices?

—Ella conoce muchas leyendas antiguas de estos lugares y suelen ser leyendas más sustanciosas que ese libro de magia que tú leías.

—¿Te ha contado lo del torreón de Leviatán?

—No —Albert hizo una pequeña pausa y añadió—: ¿Te refieres al torreón que Aurore mencionaba en su carta?

—Sí.

—¿A ti te ha dicho algo?

—Sí.

—¿El qué?

—Primero, dime lo que te ha contado a ti.

—Que hubieron unas brujas llamadas lamias, no sólo aquí, por supuesto, y estamos hablando siempre de una leyenda, no de hechos confirmados, que devoraban los cadáveres que desenterraban del cementerio. Por ello, había que colocar pesadas cruces sobre las sepulturas para impedir esos desenterramientos a los que se dedicaban las lamias o brujas comedoras de cadáveres.

—Lo que cuentas es horrible.

—Como todo lo que está sucediendo, Marie. Después de todo lo que ha oído, la abuela Béatrice está convencida de que todo es obra de una lamia.

—¿Una lamia, Aurore una lamia?

—¿Tú insistes en que es Aurore?

—Sí.

—Mira, han llegado las cosas a un punto que no queda más remedio que ir al cementerio y comprobarlo.

—Y después de esa comprobación. ¿Me acompañarás al tren para escapar

de aquí.

—De eso hablaremos luego; vamos.

—¿Ahora?

—Sí.

—A plena luz del día nos pueden ver —le objetó, dubitativa.

—No obstante, creo que es mejor comprobarlo ahora y tú me irás contando por el camino todo lo que sabes de ese torreón.

CAPITULO XIII

Albert Renoir estuvo observando con mucha atención al tío Bertrand cuya mirada estaba perdida en un punto del infinito que sólo él podía ver; su boca entreabierta no articulaba ningún sonido y el resto de su cuerpo permanecía quieto.

—¿Qué sucederá con él? —preguntó Marie, angustiada.

—Cuando venga la ambulancia, se lo llevará a una clínica mental y allí decidirán lo que deba hacerse.

—¿Se recuperará?

—No lo sé, espero que sí. Es evidente que ha sufrido un gran shock psíquico o, en palabras vulgares, un susto terrorífico que lo ha dejado en este estado catatónico, aunque es posible que su mente ya estuviera algo afectada y lo que ha debido ocurrirle en las últimas horas ha terminado con él.

—Estoy segura de que visto a Aurore y no lo ha resistido, máxime cuando el cadáver, dentro de su ataúd, había salido de esta misma casa.

—Nosotros nada podemos hacer; no obstante, registraremos la casa de arriba abajo.

—¿Temes que pueda esconderse aquí?

—No lo sé, no lo sé... Todo parece tan absurdo. ¿Cómo puedo creer que una antigua leyenda de golpe se convierta en realidad?

—Según el libro que yo tengo, las lamias habitan en los cementerios y comen los cadáveres, dejando sólo los huesos.

—En suma, que les disputan la comida a los gusanos.

—No digas eso, Albert, es horrible.

—Pues es tal como lo expone ese libraco que tú te has leído.

—Bueno, también dice que los dedos de sus pies son como cabezas de dragón y que Torquemada aseguraba que eran mujeres con pies de caballo y también...

—No sigas, Marie, por favor.

La ambulancia llegó y junto con ella se personó en la Maison des Arbres el comisario de policía.

—¿Qué ha pasado? —inquirió.

—Monsieur Bertrand se ha trastornado con los últimos acontecimientos ocurridos y necesita recibir tratamiento psiquiátrico.

—¿Sólo es eso? —inquirió el policía mirando el rostro ausente de tío Bertrand, un rostro surcado por profundas arrugas y que no miraba a nadie. Era como si se hubiera convertido en una estatua.

—¿Le parece poco? —se asombró Marie.

—Me refería a si no ha sufrido alguna herida violenta.

Albert Renoir especificó claramente:

—No tiene heridas, pero este hombre ha sufrido una impresión tan violenta que no la ha podido soportar y se ha refugiado en este estado catatónico en el

que se encuentra.

Sin disimular su curiosidad, el representante de la ley preguntó:

—¿Y qué cree usted que ha podido causarle este susto?

Albert se encogió de hombros.

—Tendría que decírnoslo él, pero en el estado en que se halla no puede responder a una sola pregunta.

—Pero, ¿ninguna sospecha?

Marie, tan rápida como sincera, contestó:

—Quizás haya visto a quien se come a los cadáveres.

El comisario se volvió hacia ella, escrutándola con sus inquisitivos ojillos.

—Es horrible eso de comerse los cadáveres, ¿verdad, mademoiselle?

—Si, por lo menos a mí me lo parece.

—A lo largo de los casos policiales se encuentran hechos semejantes, pero pocos, no crea. En realidad se trata de desequilibrados mentales, seres retorcidos que llevan una doble vida. ¿No es cierto, doctor Renoir?

—Sí, eso me parece, aunque no he estudiado este tema a fondo. Tampoco la psiquiatría es mi especialidad.

—Cualquiera de nosotros podría ser uno de esos horrendos desequilibrados que nos sorprenden con sus atrocidades.

—¿Cualquiera? —le preguntó Marie.

—Sí, usted misma, por ejemplo.

—¿Yo?

—Sí. Usted no es de aquí y esos hechos tan desagradables que han ocurrido parece que se han desatado desde su llegada.

—Comisario, no estará acusando a mademoiselle de lo ocurrido...

—Sí, sí, ya sé que tiene coartadas; sin embargo, estoy convencido de que hay algo que la une con los hechos ocurridos. ¿Me equivoco, mademoiselle?

—Eso es tanto como asegurar que yo soy un monstruo o una desequilibrada —replicó, temblándole los labios.

—Quizá usted no tenga nada que ver y ese ser llegó al pueblo la misma noche que usted.

—Aquella noche llovía y sólo llegamos el doctor Renoir y yo.

—Lo sé, me lo han confirmado en la estación, no obstante...

Al ver que el comisario se tornaba insinuante y misterioso al mismo tiempo; Albert inquirió:

—¿Qué es ese «sin embargo»?

—¿Alguien pudo descender aquella noche del tren pero por el lado contrario. De este modo, nadie lo habría descubierto.

Mientras los enfermeros de la ambulancia se llevaban a tío Bertrand tendido en una camilla, sin que reaccionara en absoluto, Albert replicó:

—Es usted libre de hacer hipótesis que, por supuesto, están equivocadas.

—Lo dice con mucha seguridad, doctor.

—¿Y por qué no puedo decirlo?

—Porque ello presupone que usted sabe algo...

Había una media sonrisa de superioridad en el rostro del comisario mientras Marie miraba entre interrogante y asustada a Albert, el cual no parecía perder los nervios.

—Yo llegué en el mismo tren que mademoiselle Marie. Luego, juntos, hicimos el recorrido entre la estación y la Maison des Arbres donde la dejé.

—Sí, ya sé que llovía.

—Sí, usted lo sabe todo —le replicó Marie, casi indignada, pero conteniéndose porque en la mirada de Albert Renoir había un ruego; le pedía que no contara lo que ella creía sobre Aurore.

—Llegué aquí para visitar a mi amiga que se encontraba mal.

—Una amiga que ya estaba muerta. ¿No es eso?

Albert Renoir, ya molesto con el comisario, juzgó oportuno recordarle:

—Cuando le amputaron la mano al espiritista, mademoiselle estaba en mi casa y la puerta, cerrada, ya se lo dije en su momento. ¿Cree que ella iba a salir volando por una ventana?

—¿Volando? —se rió por lo bajo, sardónico—. Eso lo hacen las brujas, ¿me equivoco?

—Eso dicen —admitió Albert—, pero yo no he visto jamás a una bruja y menos volar.

—¿Saben que por el pueblo circula el rumor de que se trata de una especie de bruja? Es ridículo que a finales del siglo veinte se crea en esas historias, ¿verdad?

—Es usted el que está hablando de brujas.

—Y tengo mis razones. En París, por ejemplo, hay docenas de sectas satánicas distintas y todas hacen sus rituales macabros. Hay tráfico ilegal de fetos abortados, cenizas humanas y otra serie de porquerías que prefiero no mencionar. No sería nada raro que alguien extendiera estas prácticas por los lugares tranquilos.

—¿Cree que he venido a hacer de bruja?

—Yo no le he dicho eso, mademoiselle, pero es posible que la pequeña Rosalie haya sido víctima de un monstruoso, macabro y repugnante ritual satánico. Los aquelarres ya no son cosas del pasado, han vuelto; el satanismo ha cobrado nueva fuerza.

Renoir admitió:

—Sí, pero en los seres débiles, en los inmaduros, en los que se aburren y en los desequilibrados.

—En eso estoy de acuerdo con usted, doctor, lo malo es que existen y que hay víctimas inocentes.

—Comisario, creo que está usted haciendo juegos de artificios porque no sabe hacia dónde apuntar con el poder de la ley que representa.

—Muy bien, doctor. Cuando sepa hacia dónde apuntar, lo haré con mucho cuidado y la presa no escapará. De lo que sí estoy seguro es que la presa es repugnante aunque nos encontremos luego ante un rostro humano. De un momento a otro llegarán perros especialmente entrenados; no son perros de

cazador como los que están ladrando todo el día por los alrededores.

—Buena caza, comisario —le deseó Albert.

El hombre de la ley se encaró con la muchacha.

—¿Y usted, mademoiselle, no me desea suerte también?

—¿Yo?

—Parece muy preocupada.

—Es lógico que esté preocupada —intervino Albert—. Los sucesos ocurridos han sido demasiado sangrientos.

—¿Por qué habla usted siempre por ella, doctor?

Sin esperar respuesta, el comisario abandonó la Maison de Arbres cuya puerta estaba abierta.

La ambulancia se había marchado ya, llevándose a tío

Bertrand con la mente totalmente destruida, incapaz de digerir lo que había visto.

—Sospecha de mí.

Albert Renoir le puso la mano sobre el hombro, infundiéndole confianza. Ella no le rechazó y mucho menos la voz grave y varonil del joven médico.

—No te asustes, Marie, el comisario está desorientado; lo que sucede es que aquí llegan forasteros y es fácil sospechar de ellos, máxime cuando los espiritistas contaron que fueron atacados por una mujer.

—Pero también sabe que dijeron que se llamaba Aurore.

—Lo último que se le ocurrirá a un representante de la ley es sospechar de un cadáver. Ellos quieren algo físico y tangible que poder encerrar tras unas gruesas rejas.

—En esta ocasión no podrán hacerlo —musitó Marie, sin conseguir escapar a la angustia que crispaba sus manos.

—¿Estás totalmente segura?

—Albert, Albert, Albert, no me crees, no me crees —gimió, retorciéndose las manos.

Trató de huir hacia la calle, pero él la retuvo cogiéndola por los brazos.

—Tranquila.

—¡No!

—Por favor, cálmate.

—No me crees, no me crees... Eres como el comisario de policía, sólo creéis lo que es científico, lo que se toca.

Siguió protestando hasta que él le selló la boca con sus labios.

Marie intentó rehuir la caricia labial, pero Albert, la dominó con su fuerza, con su firmeza y también con su ternura hasta que ella fue cediendo.

El beso terminó apoyando ella el rostro contra el hombro masculino.

—Tengo miedo, mucho miedo, Aurore no cesará. Tenemos que hacer algo. Quiero huir, quiero huir —sollozaba— pero he de conseguir que regrese a su sepulcro, porque fui yo quien la dejó escapar.

—Pensaba ir al cementerio de día pero no es posible, iremos de noche. Prepararé dos buenas linternas y seremos como furtivos. Ahora, con la

vigilancia que hay, podrían sorprendernos y aun por la noche puede resultar peligroso. Esperemos que esos perros especializados no lleguen hasta mañana, no me gustaría que me tomaran como presa.

—¿Y si probáramos a contárselo todo al comisario?

—¿Al comisario? —repitió Albert, sorprendido.

—Sí, no me importa que me condene por haber hurtado las llaves y abierto el ataúd.

—¿No te das cuenta de que si no es una alucinación lo que te ocurre va a pensar que te has llevado el cadáver de Aurore?

—No, no, yo no me la llevé... Ella escapó, escapó...

CAPITULO XIV

—Es posible que esta noche tenga que salir, abuela.

—Hum, sería mejor que te quedaras en casa.

—He quedado con el doctor Delapierre para estudiar algunos asuntos.

—¿Sobre lo que ocurre en el pueblo?

—Abuela, no debes ser tan curiosa.

—Tendrás que andarte con cuidado, Albert. Las lamias andan sueltas y ellas son las protegidas del demonio, hay quien dice que ya son demonios.

—Por favor, abuela, no hables de espectros, demonios y otros fantasmas; al oírte, cualquiera pensaría que crees en ellos.

—Eres un incrédulo, Albert, pero algún día, el mismísimo Lucifer te abrirá los ojos con su horrenda imagen

—¿Tú lo has visto?

—¿Yo? —exclamó, espantada.

—Como dices que tiene una horrenda imagen —se burló Albert.

—Eso es lo que se dice.

—Lo que quieres es asustar a nuestra invitada.

—Madame Béatrice, ¿sabía que las lamias vienen de Oriente?

—¿De Oriente?

—Sí, de Arabia o de los desiertos.

—Hija mía, están en todas partes y desde que me dijeron que la Tierra es redonda, aún lo comprendí mejor.

—¿Por qué? —preguntó Albert, queriendo mostrarse socarrón con su abuela.

Madame Béatrice, sin minimizarse, cogió una naranja del frutero, la sostuvo entre sus dedos y con la otra mano tomó un cuchillo. Apuntó a la naranja diciendo:

—Si el demonio está aquí, con su fuerza —empujó y traspasó la naranja con la punta del cuchillo, viéndose el acero por el lado contrario— aparece por aquí. Las entrañas del planeta son suyas. Satán está en todas partes, lo único que cambia es su nombre, según el lugar, se lo cambiamos. El está aquí, es horrible y tiene alguna lamia a su disposición. Ellas son las que devoran los cadáveres.

—¿Y qué tendría que hacer una mujer para convertirse en lamia?

—Pedírselo a Leviatán,

—¿Así de sencillo? —inquirió Albert, tratando de restar fuerza a las palabras de su abuela viendo que Marie se las creía.

—¿Y por qué una mujer puede desear convertirse en lamia?

—¿Quién lo sabe? Porque ya sea malvada, porque pedirle un favor al diablo y él, a cambio, la obligue a convertirse en lamia para siempre...

—¿La puede convertir en lamia sin que ella lo desee, es decir, sin pedirle nada a cambio?

—No, si no hay voluntad, no es posible. ¿Sabéis qué os digo?
—Somos todo oídos, abuela —le dijo Albert.
—La policía no encontrará nada.
—¿Y los hombres del pueblo? —preguntó Marie.
—Es posible que la vean, pero no conseguirán detenerla porque sólo hay una forma de acabar con ella.
—¿Cuál? —preguntó Albert.
—Yo la tengo.
—¿Tú, abuela? —se asombró.
—Esperad...
La anciana se alejó y al poco regresó con un viejísimo estuche de cuero que abrió. Su interior estaba forrado en terciopelo y dentro había un arma muy brillante.
—¿Veis este puñal con forma de cruz?
—Sí, abuela —asintió Albert—. Por cierto, no lo había visto jamás.
—Lo guardaba por si se presentaban unas circunstancias tan trágicas como éstas. Es de plata y está bendecido en el día de la resurrección.
—¿Crees que este puñal, además de ser puntiagudo y pinchar, posee algún otro poder?
—Para nosotros es posible que sea un puñal igual a otro, pero para un monstruo infernal, este puñal es la muerte, su destrucción. Si vas a salir, llévalo contigo, Albert.
—¿De veras quieres que lo lleve, abuela?
—Sí, sí, llévalo contigo y si te encuentras frente a una lamia, por muy hermosa que sea, por muy bella que te parezca, clávaselo en el corazón hasta la empuñadura, húndeselo así, con fuerza...
Tomando el puñal por la empuñadura, lo clavó en la mesa de madera. La plata, que semejaba acabada de bruñir, lanzó destellos reflejando la luz de la lámpara.
Más tarde, cuando madame Béatrice ya dormía. Albert llamó con mucha suavidad a la puerta de la alcoba de Marie.
Esta abrió.
—Albert...
—¿Estás preparada?
—Sí.
—Pues, vamos. Hum, has hecho bien.
—¿En qué?
—En vestirte con pantalones y de oscuro; no conviene que la policía nos sorprenda dentro del cementerio.
—Y si nos sorprende, ¿qué pueden hacernos?
—No sé, detenernos y someternos a un montón de interrogatorios. Anda, vamos, no pensemos en ello.
—Toma, esta linterna es pequeña pero ilumina bastante, no la enciendas si no es imprescindible.

—De acuerdo.

Salieron de la casa con mucha cautela para no ser sorprendidos por nadie que estuviera en la calle.

—¿Han venido los perros?

—Creo que no, pero no estoy seguro. He preferido no acercarme demasiado a la policía para no hacerme sospechoso.

—¿Y la pequeña Rosalie?

—Está en una caja, mañana la llevarán al cementerio.

—Según lo que cuentan de las lamias, ellas terminarán de devorar a la pobre criatura.

—Después de como la han dejado ya, ¿qué más da? Vamos.

Impresionada por las palabras de Albert, Marie le siguió.

Por un camino que ella desconocía, llegaron al cementerio.

—Quedémonos quietos unos momentos y en silencio: es conveniente asegurarse de que no hay nadie por aquí.

—Yo no oigo nada.

—Bien, vamos. ¿No te habrás olvidado las llaves?

—No.

Se acercaron a la tapia.

—Creo que la llave está en el agujero del muro.

—Sí, yo la saqué de ahí.

Albert buscó el hueco en la pared con la luz de la linterna y al hallarlo, introdujo la mano, sacando la llave.

—Ya la tengo, vamos.

Abrieron la puerta del cementerio, entraron y luego ajustaron con cuidado.

—Vamos.

—Los panteones están al fondo —le dijo Marie.

—Ya lo sé, el de mi familia está ahí también.

—No me gusta eso de tener el agujero preparado —siseó la joven.

—El no tenerlo no evitará que nos muramos. Anda, vamos.

Iluminaron con las linternas el dintel del panteón.

—Familia Boiser, éste es... Dame las llaves.

—Esta es la del panteón —le indicó Marie—. Observa que es distinta.

A la luz de la linterna, Albert pudo ver la llave que introdujo en la cerradura, abriéndola.

Olía a humedad y allí dentro no parecía entrar la luz de la luna.

—¿Cuál es el ataúd, te acuerdas?

—Sí, es éste —señaló uno de ellos.

Albert buscó entre las llaves e introdujo una de ellas. No acertó, probó con otra y a la tercera consiguió abrir el ataúd. Al hacerlo, Marie ahogó un grito mientras se tambaleaba.

Albert semicerró los ojos al iluminar el contenido del ataúd. Aspiró hondo y trató de hablar con calma mientras cerrada de nuevo el féretro.

—Este no es, has debido equivocarte. Este Boiser hace años que debe estar

muerto, sólo tiene huesos y colgajos de piel.

—Es horrible, vámonos, no pruebes más —gimió la muchacha

—Espera, haz un esfuerzo. Estamos nerviosos y hemos cometido una equivocación.

—No puedo soportar ver la cara macabra de la muerte, no lo soporto...

—Ve fuera.

—¿Sola?

—Será un momento, mientras yo compruebo este ataúd.

—No, no, yo no salgo.

—Está bien, quédate. Aquí dice «AURORE BOISER». Debí asegurarme antes, ha sido una torpeza abrir otro ataúd más viejo.

—La culpa ha sido mía, te he indicado mal.

Albert suspiró. Probó con una llave y a la primera pudo darle la vuelta. La tapa cedió.

—Ya está.

La joven musitó:

—Prefiero no mirar.

—Ilumina.

Con mucho temor, enfocó con la linterna. El ataúd se hallaba vacío.

—Es cierto, Marie. El cadáver de Aurore no está aquí.

—Hola, Marie.

La voz cavernosa y alargada, una voz que ya no sonaba como humana, les obligó a volverse bruscamente hacia la puerta.

—¡Aurore!

La siniestra criatura escapada de su sepulcro estaba allí, iluminada por la luna invernal.

Su aspecto era blancuzco, fantasmal, y su rostro había dejado de ser hermoso. Tenía las facciones alargadas y casi semejaba una bestia satánica mientras su cuerpo aparecía envuelto en el sudario.

—Hola, Aurore —dijo el joven médico poniéndose en pie, despacio—. Me conoces, ¿verdad?

—Claro que sí, Albert.

—Aurore, ¿tú, tú eres una lamia? —preguntó Marie, titubeando.

Aurore lanzó una carcajada que les estremeció.

—¿Por qué, Aurore, por qué?

Se escucharon unos ladridos de perro, lejanos, pero eran muchos.

—Malditos, haré que se ahoguen en el pantano...

—Un momento, Aurore —le pidió Albert.

—¿Un momento, para qué? No voy a dejar que me encerréis en ese ataúd, podría despedazaros a dentelladas y quizá lo haga.

Al reírse, les mostró sus dientes que semejaban haberse convertido en colmillos de fiera. Su aspecto sobrecogía, era horrible y terrible al mismo tiempo.

—Aurore, espera, espera... Dime por qué Leviatán te convirtió en una

lamia, dímelo.

—Lo sabes, Marie, lo sabes.

—No, no lo sé.

—Decía que ya sabes que mi amo y señor es Leviatán...

—Lo supongo, Aurore. Sé que hace tiempo, mucho tiempo estuvo por estos alrededores.

—Fui una drogadicta y estaba hastiada de la vida, nada tenía sentido para mí. Intenté suicidarme y tuve pánico. Quise ahogarme y no lo conseguí. Anduve por el bosque buscando la muerte y me encontré con el torreón de Leviatán. El, que había leído en mi mente, me atrapó con su fuerza y yo le pedí que me destruyera porque no quería seguir viviendo.

—Es horrible. Le pediste la muerte y él te ofreció la vida de ultratumba —exclamó Marie, espantada.

—Sí, entré en su reino y me entregué a él, eso es lo que no pude escribirte en la carta porque en aquellos momentos me pareció horroroso. Luego, desorientada por lo que me había pasado, te escribí, pero llegaste tarde. Leviatán detuvo mi vida mortal para convertirme en un ser eterno.

—En un ser diabólico.

—Todo eso es mentira —le escupió Albert.

—No lo crees, pero ahora soy eterna.

—¿Cómo es posible que antes no quisieras vivir, que buscaras la muerte y ahora aceptes esta situación tan horrible?

—Tú no sabes cómo es esto, Marie. El placer de servir a Satán y someterte a él es tan grande...

—Mientes —gruñó Albert de nuevo—. Llévanos ante tu amo y señor si es verdad que existe.

—Os llevaré ya que deseáis verlo y si algo queréis pedirle, él os lo concederá. Marie, cuando Leviatán te posee, todo el fuego del infierno invade tus entrañas y eso, eso no puede conseguirlo ningún hombre mortal, ninguno.

De nuevo, volvió a dejar escapar su satánica carcajada que se expandió entre las tumbas.

La siguieron entre la doble hilera de oscuros cipreses.

Abandonaron el cementerio mientras los perros se oían más cercanos y por el sendero que Marie ya conocía, se encaminaron a! bosque espeso y oscuro que se ofrecía fantasmagórico ante sus ojos. Aurore, espectral y siniestra, les precedía, guiándoles.

Marie envió el foco de su linterna hacia delante y tropezó con lo que buscaba.

—El torreón de Leviatán...

—Creo que alguna vez de niño, lo he visto —comentó Albert en voz baja.

Aurore avanzó hasta la mismísima puerta. Ellos se acercaron más despacio.

—Albert, ten cuidado. Parece que de esa puerta escapa algún fluido que te sujeta y del que no puedes escapar.

—¿Qué os pasa, pareja, tenéis miedo ahora? ¿No pedíais venir hasta aquí?

Aurore volvió a reírse, parecía disfrutar con el terror de sus víctimas.

—No te tengo miedo, Aurore, no te tengo miedo.

—¿Y a Leviatán, mi amo y señor?

—Tampoco.

—Entonces, ven aquí, Marie, acércate. Cuando le conozcas a él, ya ningún hombre podrá saciar jamás tu sed de placer, jamás.

Marie comenzó a avanzar hacia Aurore, Albert trató de retenerla.

—¡Espera!

—Déjame, Albert, quiero saber si miente.

Se acercó a Aurore, como demostrándole que no le tenía miedo.

—Llama a la puerta y suplícale, quiero placer, quiero placer... Dile que serás su esclava si te lo da.

—Soy de carne y hueso, quiero el placer, pero jamás con Satán. Lo quiero con un hombre honesto que me ame.

—Pídeselo y también te lo dará —insistía Aurore,

—¡No, Marie, no pidas nada! —gritó el hombre.

—Ven, Albert, ven.

Albert, dominado por la exigencia de Marie, se acercó. Entonces, Marie le puso la mano por el interior de la chaqueta, fue la suya una acción muy rápida.

Su diestra apareció armada con el puñal de plata que, sin vacilar, hundió en el pecho de Aurore que estaba frente a sí.

—¡Muere!

El puñal se clavó en el corazón de Aurore, que lanzó un alarido bestial mientras su boca desencajada, mostraba agudos colmillos que gotearon sangre, sangre que escapaba de su propio corazón atravesado.

El rostro de ultratumba fue ahora más horrible y satánico que antes mientras sus alaridos parecían que iban a enloquecerles; era como un ser de otro mundo herido de muerte.

Aurore, llevando en su corazón el puñal entregado por abuela Béatrice, se apoyó contra la recia puerta secular y ésta cedió, abriéndose hacia dentro.

Mientras los ladridos de los perros se acercaban furiosos al torreón de Leviatán, Aurore cayó hada el interior y su alarido fue haciéndose más lejano mientras Albert sujetaba a Marie que se tambaleaba con evidente riesgo de caer también dentro.

—¡Ahí, ahí están! —gritaron unas voces mientras las linternas iluminaban el torreón.

—¡Cuidado, no disparen!

Fue difícil contener a los perros. Uno de ellos escapó y pasando entre Albert y Marie, se asomó al interior del torreón. Lanzó un extraño aullido y bajando la cola, retrocedió.

—¿Qué hacen aquí? —inquirió el comisario.

—La bestia está ahí dentro, comisario.

—¿Ahí dentro, seguro? —Preguntó, acercándose a la puerta del torreón—. Ustedes, iluminen el fondo...

Pasaron luces y descubrieron un pozo que ocupaba todo el suelo interior del torreón.

—Parece un pozo protegido por las paredes del torreón —gruñó el comisario.

—Si lanzamos una piedra y contamos el tiempo, sabremos la profundidad —observó uno de los gendarmes.

El comisario tiró una piedra y, en silencio, todos aguardaron para escuchar el ruido del choque contra el fondo, mas éste no se produjo.

—Diablos, parece un pozo sin fondo —gruñó el comisario.

Mientras los perros aullaban en vez de ladrar, un gendarme rezongó: —A lo peor sale en las antípodas.

—De todos modos, mañana traeremos un equipo para descender, a ver qué encontramos. Por cierto, doctor, ¿cómo era esa bestia de la que habla?

—No estoy seguro, parecía mitad persona mitad lobo... ¿No es así, Marie!

—A mí me ha parecido horrible, pero no sabría cómo definirla.

Albert y Marie tuvieron mucho cuidado en no revelar que en el panteón de los Boiser quedaba para siempre un ataúd vacío.

En lo alto del torreón, como si hubiera trepado por las piedras que lo componían, un gato cojo les observaba con sus ojos muy abiertos. Su actitud era de espera, como si el tiempo no contara para él.

Al día siguiente, hombres especialistas en descender a pozos terminaron por decir que aquel pozo era una sima insondable y que lo mejor era cerrar sólidamente la puerta del torreón para que nadie cayera dentro.

—¿De verdad quieres placer conmigo, Marie?

—Sí, Albert, pero no en este pueblo, vámonos de aquí.

Horas más tarde, el tren se ponía en marcha, llevándoselos.

El pueblo estaba triste pero más tranquilizado, parecía que la paz retornaba a él.

—¡Escribidme, escribidme! —pedía la abuela Beatrice, pequeña y nervuda, agitando su mano en el andén.

Miiiiiaaauuuu...

—Oh, un gato cojo... ¿Qué hará aquí? —Se preguntó la anciana Beatrice al tiempo que se llevaba la mano al corazón—. Qué daño, Dios mío, qué daño... —gimió de pronto—. Me muero, me muero... Dios ayúdame, ayúdame...

Miiiiaaauuuu...

FIN